

Lia

Loca del Guadalquivir  

---

# HISTORIA TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia  
Estados Unidos hasta nuestros dias  
(1776-1895)

POR

**ON JERÓNIMO BECKER**

bra, que acaba de ponerse á la venta, en amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia señala sus defectos y expone con minutas lo referente á las relaciones exte-España, siendo, por tanto, de gran intencocer de un modo exacto el aspecto ico de la cuestión cubana.  
no en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

## ¡ RECOPIACIÓN

DE LAS

## DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la ndias del Tribunal Supremo de Justicia, robación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

## LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publi-esta sociedad, de que se hallan la ma- agotados.

blicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

n hay tomos sueltos.

## ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

## MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

**Juan Noguera Camoccia**

Un tomo en 8.º en cartóné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

## DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

**D. Juan Landa.**

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

## EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

**Angel Muro.**

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

LA LOCA DEL GUADALQUIVIR.



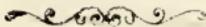
Digitized by the Internet Archive  
in 2013

# LA LOCA DEL GUADALQUIVIR.

DRAMA EN SIETE CUÁDROS.

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO.

Representado por primera vez con aplauso en el Teatro de Lope de Vega  
la noche del 30 de Setiembre de 1860.



MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta. núm. 52.

PERSONAS EN EL PRÓLOGO.

RITA, mujer de D. Anselmo. . . . .  
 CLARA, mujer de Rivera. . . . .  
 DON ANSELMO DEL VALLE. . . . .  
 EL CONDE DE FUENSALTA, co-  
 ronel de dragones. . . . .  
 RIVERA, sargento del regimiento  
 del Conde. . . . .  
 BLAS, jardinero. . . . .

PERSONAS EN EL DRAMA.

LA LOCA. . . . .  
 ELADIA, hija del Conde. . . . .  
 LA LAGARTA, mujer de Blas. . . . .  
 EL MAESTRO RUPERTO. . . . .  
 EL CONDE DE FUENSALTA, te-  
 niente general. . . . .  
 RICARDO, hijo de Don Anselmo y  
 de Rita. . . . .  
 LUIS, hijo del Conde y de Rita. . . . .  
 RIVERA, capitán retirado y admi-  
 nistrador del Conde. . . . .  
 DON BRAULIO, banquero. . . . .  
 BLAS, conocido por el tío Galápagos.  
 TESTADURA, pescador y ratero. . . . .  
 MALPELO, pilluelo del río. . . . .  
 UN CRIADO. . . . .

*Rateros del río.*

ACTORES.

DOÑA PETRONILA BUREL.  
 MATILDE FABIANI.  
 DON MARIANO OLIVER.  
 AGUSTIN MÓSTOLES.  
 ISIDORO LOZANO.  
 RAFAEL GRANADOS.

ACTORES.

DOÑA PETRONILA BUREL.  
 EVELINA FABIANI.  
 ROSALÍA AGUADO.  
 DON MARIANO OLIVER.  
 AGUSTIN MÓSTOLES.  
 RAMON MARISCAL.  
 PEDRO SUBIRÁ.  
 ISIDORO LOZANO.  
 VICENTE MERINO.  
 RAFAEL GRANADOS.  
 CIPRIANO QUEVEDO.  
 DOÑA MATILDE FABIANI.  
 DON MARIANO MIRANDA.

El prólogo pasa en 1844, en una quinta cercana á Madrid; y el drama, 22 años despues, en Sevilla y sus inmediaciones.

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 3 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

# PRÓLOGO.

## LA QUINTA DEL MANZANARES.

Quinta cercana á Madrid.—El teatro representa un terrado. A la derecha, el fin de una escalinata, por donde se baja al jardin. A la izquierda, una puerta que figura ser de un cuarto que hay en el terrado. En el fondo, una balaustrada que deja ver dicho jardin, como tambien un pabellon practicable, que comunica con el terrado por medio de una puerta, que está en el fondo, á la izquierda. Este pabellon tiene un balcon muy saliente, y debajo de él hay un estanque. Sillas, mesa y un velador: en la mesa una escribanía con campanilla; en el velador una tela empezada á bordar, y en una de las sillas un casco y un sable de caballería.

## ESCENA PRIMERA.

CLARA.—BLAS.

CLARA.

(Saliendo por la izquierda y con los ojos fijos en la habitacion de donde sale.)

Cómo duerme mi niño, y qué gusto me dá verle tan dormidito!... Mucho van á sentir el Conde y mi marido irse á Madrid sin comérselo á besos.

BLAS. (Subiendo por la escalinata con un escardillo en la mano.)

La he visto á usted desde el jardin, señora Clara, y vengo á preguntarle si es verdad que el señor Conde y su esposo de us-

ted van esta tarde á Madrid. Si es así, no volverán tal vez hasta mañana, porque se acerca la noche, y...

CLARA.

Oiga usted, señor Blas: no hace más que ocho dias que le ha recibido á usted la señora como jardinero...

BLAS.

La señora... muy buena que me parece... muy buena... Pues y qué diré del amo?.. Nada menos que un Conde... y coronel de caballería... y amigo del Rey... Friolera!.. Amigo de Fernando VII, con quien ha estado prisionero en Francia!.. Por dichoso me tengo de haber logrado tan buena casa.

CLARA.

Pues si quiere usted conservarla, siga el consejo que voy á darle.

BLAS.

Hable usted, señora Clara, hable usted, que la oiré con gusto, porque la voy cobrando afecto, como tambien á su marido, el señor Rivera, valiente sargento de caballería, que durante nuestra guerra de la independencia, que felizmente terminó ya, ha matado más franceses, segun dicen, que pelos tengo en la cabeza.

CLARA.

Ha acabado usted?

BLAS.

Si señora, sí; y soy todo orejas para oír su consejo.

CLARA.

Pues sepa usted que en esta casa no agradan los preguntones.

BLAS.

Ya!.. no agradan los...

CLARA.

Ha debido usted notar que mi ama y el señor Conde habitan en esta quinta del Manzanares sin tener trato con nadie, á pesar de estar situada á un tiro de fusil de la córte; porque el señor Conde cifra todo su gusto en vivir entre su mujer y su niño.

BLAS.

Niño, cuya nodriza es usted... Tambien quiero ya al chiquitín...

CLARA.

Pues le advierto á usted que el dia en que su padre sepa que

se ocupa usted de otras cosas que de sus legumbres y sus flores, y que en lugar de permanecer en la huerta ó en el jardín, se divierte en pasear por las habitaciones interiores, le pone á usted de patitas en la calle.

BLAS.

Y por qué dice usted eso?... porque he preguntado si el amo y el señor Rivera no volverán hasta mañana?

CLARA.

Sí: por eso lo he dicho. Hasta la vista. (Entra en el pabellon.)

## ESCENA II.

BLAS.

Pues vaya!.. (Imitando el tono de voz de Clara.) Por eso lo he dicho. Hasta la vista...—Habrá tonta!.. Porque se ha educado en un convento con su ama, ya se cree álguien... Pues yo también me crié con mi señorito... y por cierto que cada puntapié que me daba... Tan buena educacion he recibido como usted, señora nodriza... y puede que sepa tanto como usted... y más... Si se le figurará que ignoro que tan mujer del Conde es la que ella sirve, como yo sacristan?...—Pero leamos otra vez la carta del amo. (Sacando una carta y leyendo.) «Estoy satisfecho de tí, Blas, y me convenzo de que eres un bribon, que prometes...» (Representa.) Este sí que sabe apreciar mi mérito... Qué lástima que los viajes le hayan dejado tan en seco!.. Pero no es imposible que vuelva á criar plumas, y entonces... (Leyendo.) «Continúa espiondo y dándome cuenta de lo que ocurra en la casa. Si el coronel tiene que ir á Madrid, y el sargento le acompaña, me lo harás saber atando un pañuelo encarnado en el peral más alto de la huerta, y si tienes seguridad de que han de pasar una noche fuera de la quinta, lo que me convendría mucho, el pañuelo será blanco.» (Representa.) Comprendo... Je! je! je!.. Comprendo... Qué pícaro es mi amo!.. Pero, cómo saber algo en esta condenada casa, donde nadie habla?... (Asomándose á la escalinata.) Hola! el sargento viene... Otro mudo... y qué animal!.. gasta unos humos, que cuando estoy á su lado, no las tengo todas conmigo.

### ESCENA III.

BLAS.—RIVERA.

RIVERA. (Aparte y subiendo la escalinata.)

Se empeñó en ello!

BLAS.

Buenas tardes, señor sargento.

RIVERA.

Qué haces aquí?.. Se plantan coles en este sitio?.. Me parece que no... Conque por el flanco izquierdo...

BLAS.

Bien, bien, señor Rivera (Aparte.) Nada voy á saber.

RIVERA. (Aparte.)

No he debido darle gusto. (Alto, pasándose la mano por la frente.) Escucha, Blas.

BLAS. (Acercándose con hipócrita solicitud.)

Qué quiere usted, señor sargento?

RIVERA.

Tengo encarnadas las narices?

BLAS.

Eh!.. Las tiene usted, y no las tiene usted... (Aparte.) Qué pregunta!.. Habrá bebido?

RIVERA. (Tomándole una mano y apretándosela mucho.)

Oye, Blas: no conozco animal tan venenoso como tú...

BLAS.

Ay!.. mi mano!

RIVERA.

Deja que te hable. Tienes la mirada torba y un acento meloso, que por fuerza ha de ser falso. No me entras, pues, de dientes á dentro, y por lo tanto aprovecharé con gusto la primera ocasion que se me presente de romperte alguna cosa.

BLAS. (Haciendo contorsiones de dolor.)

Está bien, mi sargento.

RIVERA.

Así es que te aconsejo que no le digas á mi mujer que he pasado la tarde en el ventorrillo de enfrente.

BLAS.

Pierda usted cuidado , señor Rivera.

RIVERA.

Y que he estado trincando con el ventorrillero, que se ha empeñado en convidarme.

BLAS.

Corriente.

RIVERA. (Haciéndole dar media vuelta.)

Pues largo!

BLAS.

Bien, mi sargento, bien. (Aparte.) Ah! qué idea!... (Alto.) Pues yo en lugar de usted, señor Rivera, habria dejado los tragos para cuando volviese con el señor coronel; porque de noche todos los gatos son pardos, y... (Se ha ido acercando á la escalinata al decir esto, y Rivera corre á él y le trae por una oreja al medio de la escena.) Ay! ay!...

RIVERA.

Animal! estúpido!... pretendes dar lecciones á un sargento de caballería? Y si mi coronel y yo no volvemos hasta mañana?...

BLAS.

Pues como si nada hubiese dicho. (Aparte.) Sé lo que queria, y corro á poner el pañuelo blanco en el peral. (Rivera le señala la escalinata.) Ya me voy. (Vase por la escalinata.)

## ESCENA IV.

RIVERA, solo un instante.)—Luego el CONDE, RITA y CLARA.

RIVERA.

Me ha hecho bien el lastimar un poco á ese tuno de Blas, y me siento la cabeza más descargada. Esto pasará pronto.

CONDE. (Dentro, llamando.)

Rivera!

RIVERA.

El Coronel!

CONDE. (Saliendo del pabellon, seguido de Rita y de Clará.)

Aquí estás?

RIVERA.

Si señor, mi coronel.

669669

Y los cabalios?

CONDE.

RIVERA.

Solo las bridas les faltan.

CONDE.

• Pues que se las pongan , y espérame con ellos en la puerta, que pronto bajø.

RIVERA.

Está bien, mi Coronel. (A su mujer.) Hasta mañana, Clara.

CLARA.

Hasta mañana. (Vase Rivera por la escalinata.)

RITA.

Y el niño?

CLARA.

Durmiendo, señora. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA V.

RITA y el CONDE.

CONDE.

Tendré que irme sin abrazarle.

RITA.

Qué largas se me van á hacer las horas de esta noche!

CONDE.

Daria diez años de mi vida por pasarla á tu lado y al de nuestro hijo, ya que va á ser la última en que os cubra este techo; pero conocerás que me es imposible dejar de asistir al baile de palacio, porque el rey lo llevaria á mal. Ah! más larga va á ser nuestra separacion desde mañana , puesto que tal vez no volveremos á vernos.

RITA.

Vivir de aquí en adelante sola con mi conciencia y mis lágrimas!... A tu lado olvidaba, Jaime, porque te amo; pero separada de tí , recordaré, y el remordimiento va á matarme... Diósmio!... me creia libre, y fuí tuya; pero acabamos de saber que no lo soy, que mi marido existe aun, que está en Francia, y es preciso que nos apartemos sin demora el uno del otro , porque nuestro amor es ya un crimen... sí, soy criminal!

CONDE.

Debo recordarte lo que con tu caridad profunda, con tu piedad de ángel y de mártir, pobre Rita, tienes el sublime valor de olvidar siempre.

RITA.

Jaime!...

CONDE.

Debo recordarte que cuando te decidiste á ser mi esposa ante Dios, fué porque falsas noticias, pero que debias creer ciertas por cien motivos, te hicieron suponerte viuda.

RITA.

A no ser por eso, no estaria hoy aquí, en tu casa.

CONDE.

Debo recordarte que siendo tú huérfana de ilustres padres y poseedora de un caudal cuantioso, un tío infame, que te dejaron por tutor, te vendió vilmente, haciéndote casar sin amor á los quince años con un tal don Anselmo del Valle, hijo de no sé qué plebeyo enriquecido, que despues de haber devorado la herencia de su padre, arrastraba ya por el mundo su miseria, sus escándalos y sus vicios.

RITA. (Sentándose.)

Sí: me compró á mi tutor, cediéndole una parte de mis bienes.

CONDE.

Y ese Don Anselmo, que te aborrecia por envidia de tu nobleza, de tu distincion, de tu pureza, se complació en sumirte en un abismo de vergüenza y de dolores; todo tu caudal fué desapareciendo poco á poco, ya para satisfacer sus locuras, ya para sacar de manos de la justicia al espádachin, al jugador...

RITA.

Por qué me hablas de eso?

CONDE.

Porque ya que la fatalidad va á separarnos, es necesario que el mundo sepa al fin quién eres tú, pobre mujer maltratada, de corazon leal, de alma generosa, y quién es el infame vicioso, que te dieron por marido.

RITA.

Nada me importaria la disipacion de mis bienes de fortuna, nada la soledad, el abandono en que me dejó, si al huir no se hubiese llevado consigo al hijo que tuve de él.

CONDE.

Pobre madre!

RITA.

Ese pensamiento me mata. Puesto que Anselmo vive, mi Ricardo, el hijo de mis entrañas, cuyo paradero ignoraba, debe estar al lado de su padre, y se verá arrastrado por ese hombre á través de la vergüenza, de la deshonra, del asqueroso ejemplo de una vida infame... Ricardo, mi hijo mayor, sobre cuya sonrosada frente he vertido tantas lágrimas, tal vez aprende á pronunciar, en lugar del nombre de su madre, el de alguna mujer perdida, cuyas caricias engañan al pobre niño... (Levantándose.) Ah! esto es horroroso!...

CONDE. (Poniéndose el sable.)

Te prometo hacer cuanto de mí dependa para que recobres á ese niño, y aun, si es preciso, interesaré en este asunto al rey, que ya sabes cuanto me distingue.

RITA.

Dios haga que lo consigas, Jaime; porque ahora, que te pierdo, si no puedo reunir á mis dos hijos sobre mi corazón, cuál va á ser mi vida?... Ah! no podría soportar su peso.

CONDE.

Qué quieres decir, Rita?

RITA.

Nada... que soy muy desgraciada... Vé con Dios. (Se acerca al velador y toca la campanilla. Clara se presenta.)

## ESCENA VI.

DICHOS.—CLARA.

CONDE. (A Clara, poniéndose el casco.)

Sigue dormido Luisito?

CLARA.

Si señor.

CONDE.

Pues tengo que resignarme á partir sin besarle. Hasta mañana muy temprano, Rita, (Acercándose y aparte á ella.) que nos daremos el último adiós.

RITA.

Hasta mañana. (Se enjuga el llanto. El Conde se va por la escalinata, y Rita le acompaña hasta ella.)

CLARA. (Mirando á Rita.)

Pobre señora!.. pero al fin, despues del verdugo, Dios le ha enviado un salvador... Quiera el cielo que ya no tenga que verter más lágrimas.

RITA. (Que vuelve y ha oido las últimas palabras.)

Lágrimas!.. Mi destino es verterlas siempre.

CLARA.

Al lado de su marido de usted no digo que no!.. El tal don Auselmo del Valle habria concluido por matar á usted.

RITA.

Ojalá lo hubiera hecho!

CLARA.

Vamos, señora... usted se olvida de que es madre.

RITA.

Triste maternidad la mia! Tengo dos hijos, Clara, y si pienso en Ricardo, es para llorar; si miro á Luis, es para sonrojarme.

CLARA. (Aparte.)

Pobre señora!

(Rita se sienta junto al velador, toma la tela y borda.)

## ESCENA VII.

RITA.—CLARA.—BLAS.

BLAS. (En la escalinata, aparte y mirando á dentro.)

Qué paso llevan!.. Da gusto el verlos correr de ese modo.

CLARA.

A qué viene usted aquí? Quién le ha llamado á usted?.. Esto es insoportable!

RITA.

Tiene usted algo que decirme?

• CLARA.

Siempre se encuentra una detrás de sí al señor Blas!.. qué cócora!

BLAS.

Vamos, nodriza, no me hable usted mal delante de la señora.

CLARA.

Pero, qué quiere usted?

BLAS.

A usted nada. Vengo á decirle á la señora, salvo el respeto que la debo, que abajo hay un hombre... es decir... una persona... un señor... No, un cualquiera... Aunque su ropa...

RITA. (Sacando algunas monedas del bolsillo.)

Si es un pobre, déle usted esto.

BLAS.

Un pobre?.. (Toma las monedas, duda un momento, y se las guarda.) No... no es eso... es un caballero, un verdadero caballero, que me ha preguntado que si le podría hablar á la señora de Valle. (Recalca estas palabras.)

RITA. (Levantándose.)

Así me ha nombrado!

CLARA.

Dios mio!

BLAS. (Aparte.)

Ha hecho efecto la palabreja. (Alto.) Yo le he contestado, que no hay aquí ninguna señora de ese nombre. He hecho bien?

RITA.

Sí. Y le ha despedido usted?

BLAS.

No señora, porque ha insistido en que entre y le diga á mi ama que tiene que hablarle un profesor de lengua verde, que acaba de llegar de Francia. De lengua verde!.. Ja! ja!.. Qué idioma será ese?

RITA. (Aparte á Clara.)

Viene de Francia, y sabe quién soy!..

BLAS.

Hago entrar al hombre de la lengua verde?

CLARA.

Ya sabe usted que la señora no recibe á nadie cuando está sola.

RITA.

Despídalo usted, que no me vea.

BLAS.

Pues voy á echarle con cajas destempladas. (Se dirige á la escalinata.)

## ESCENA VIII.

DICHOS.—DON ANSELMO.

ANSELMO.

(Subiendo por la escalinata, á cuyo extremo se encuentra á Blas, y haciéndole dar media vuelta.)

Qué es eso de echarme, bribon?

RITA. (Gritando.)

Ah!

CLARA. (Aparte.)

Es él!

ANSELMO. (Saludando.)

Señora...

RITA. (Aparte á Clara.)

No te separes de mí.

CLARA. (Aparte á su ama.)

Pierda usted cuidado.

RITA. (Idem.)

Pero no... no... Vete al lado de Luis, y guárdame bien á mi hijo, que ya este hombre me ha robado otro.

ANSELMO.

Es á la persona á quien aquí llaman la condesa de Fuensalta á quien tengo el honor de hablar?

RITA. (Con voz alterada.)

Caballero, están mis criados delante...

BLAS. (Aparte.)

Buena te espera!

ANSELMO.

Son criados de usted? Pues bien: mándeles usted despejar.

CLARA. (Aparte á su ama.)

Señora, no me aparto de usted.

RITA. (Aparte á Clara.)

Sí, sí, déjame, déjame. (Clara se va por la izquierda.)

BLAS. (Aparte, yéndose.)

En qué parará esto? (Vase por la escalinata.)

## ESCENA IX.

RITA.—DON ANSELMO.

ANSELMO.

Vamos, Rita... cómo no vuelas á mis brazos?

(Empieza á oscurecer.)

RITA.

Usted aquí!.. Con qué derecho se presenta en esta casa?

ANSELMO.

Pues no estoy en la de mi mujer?... Estar en la casa de su mujer un esposo legítimo, viene á ser lo mismo que estar en la suya. (Se sienta.) Cómo te vá, Rita?

RITA.

No está usted en mi casa, caballero.

ANSELMO.

No?... (Se levanta.) Y encuentro á mi esposa aquí en traje de confianza?

RITA.

Sin duda necesita usted dinero, y lo tendrá... Se lo enviaré á donde me diga.

ANSELMO. (Volviéndose á sentar.)

Sí: hablemos de dinero, y sentémonos, porque este terrado con un estanque al pié, es fresco, y me agrada en la calurosa tarde de verano en que nos hallamos. No sabes?... Despues que nos separamos he hecho progresos admirables en los misterios de los naipes, y de extremo á extremo de la Francia he sido proclamado doctor en lengua verde, que es como se llama la lengua cabalística del tapete verde. Se la enseño á un número considerable de hijos de familia de París, y aun he tenido el honor de explicársela á personas de muy elevada clase.

RITA.

Acabemos. (Va á apoyarse en la balaustrada, fijando los ojos en el estanque.)

ANSELMO.

Qué quieres... tal como me ves, tengo un sueño dorado... sí: deseo dejarle á mi muerte algun caudal á mi amado Ricardo.

RITA. (Acercándose á él rápidamente.)

Ricardo!... mi hijo!... Qué ha hecho usted de él?

ANSELMO.

Su hijo de usted?... Cuál, señora?

RITA. (Estremeciéndose.)

Dios mío!

ANSELMO. (Levantándose.)

Por vida mía, señora, que á mi llegada he sabido novedades estrañas: se me ha dicho que por segunda vez ha sido usted madre.

RITA.

Caballero!...

ANSELMO.

Y que concede usted toda su estimacion á un cierto coronel de caballería, á un conde de Fuensalta... Es cierto?

RITA. (Con violencia.)

Basta, caballero, basta... Le he preguntado á usted que qué ha hecho de mi hijo.

ANSELMO. (Con intencion.)

De Ricardo?... Pienso hacer de él un cumplido caballero, digno de sus nobles abuelos por parte de madre. No levanta tanto así, (señalando la estatura de un niño de cinco años.) y ya pega latigazos á su lacayo... porque le he dado un lacayo. Promete, promete el niño...

RITA.

Le recuerda usted que soy su madre?

ANSELMO.

Y usted se ha acordado siempre de que lo es?

RITA. (Aparte y con desesperacion.)

Oh! tiene derecho para insultarme!

ANSELMO.

No vaya usted á creer, por lo que he dicho, que siento tener otro hijo...

RITA.

No: lo es de mi crimen, y estoy preparada á sufrir el castigo que Dios me imponga. Cualquiera que sea, lo aceptaré resignada, menos el de vivir con usted.

ANSELMO.

No vayamos tan de prisa. El marido soy yo; la ley está terminante... (Con voz imperiosa.) Quiero que usted y su hijo me sigan!

RITA.

Y si rompo los lazos que me unen á usted? y si consigo que nos divorcien?

ANSELMO.

Hola! de divorcio se trata?... Es su coronel de usted quien le ha sugerido esa idea estúpida?

RITA.

Es el recuerdo de mis penas quien me la inspira. Cree usted que impunemente ha destrozado mi corazón, torturado mi vida? que impunemente me ha vendido, me ha insultado, me ha empobrecido?

ANSELMO.

Silencio!... (Dá un paso hácia ella con aire amenazador.)

RITA.

Caballero!...

ANSELMO.

Silencio digo! (Rita cae en una silla.) Qué significa toda esa retórica?... (Consigo mismo y con voz sombría.) Y ella me acusa! ella, que fué sin amor esposa y madre!... (Con voz breve y sorda.) Quiere usted divorcio, señora, y por mi vida que lo obtendrá, porque seré yo quien lo pida, yo, que haré que la juzgen á usted como merece!

RITA.

Cielo santo!

ANSELMO.

No han de faltarme pruebas: las buscaré, y las hallaré. (señalando á una cinta negra, que ella lleva al cuello.) Apostaría á que esto... (Le arranca la cinta.) Justamente; un medallon... Por su lado un retrato de usted... y por el otro el de un elegante coronel de caballería.

RITA. (Levantándose y atravesando la escena con paso vacilante.)

Ah! me faltan fuerzas para proseguir esta lucha!

## ESCENA X.

DICHOS.—BLAS.—CLARA.

ANSELMO. (Viendo á Blas, que sube apresuradamente la escalinata.)

Qué háy!

BLAS.

Creí que me llamaba la señora.

CLARA.

(Aparte á su ama, despues de dejar en la mesa dos candeleros con bugias encendidas, que saca.)

Por la ventana de ese cuarto he visto á mi marido, que ha entrado en la quinta á escape.

RITA. (Aparte á Clara.)

Tan pronto!... Qué habrá sucedido?

BLAS. (Aparte á Don Anselmo.)

El sargento está de vuelta: algo hay de nuevo.

CLARA. (Lo mismo.)

Al pasar, me ha enseñado una carta, que sin duda es del señor Conde.

RITA. (Lo mismo.)

Una carta!

BLAS. (Lo mismo.)

Esté usted en guardia, que sé que trae una carta.

## ESCENA XI.

DICHOS.—RIVERA.

RITA. (A Don Anselmo, viendo á Rivera, que sube la escalinata.)

Caballero, le dejo á usted solo por un instante.

ANSELMO. (Acercándose á ella.)

Oh! no permito que se vaya usted.

RITA:

Señor mio!...

ANSELMO. (Aparte á Rita y con voz breve.)

Estoy armado, y soy poco sufrido... ya lo sabe usted... haga usted que ese hombre me obedezca, ó no respondo de lo que puede suceder aquí.

CLARA. (Aparte á Rivera.)

Es él! es don Anselmo del Valle!

RIVERA. (Aparte á su mujer.)

Ah!.. Tiene cara de pillo.

CLARA. (Lo mismo.)

De lo que es.

ANSELMO. (A Rivera.)

Deme usted la carta, que trae para esta señora, y despeje.

RIVERA. (Pasando por delante de él y acercándose á Rita.)

Señora, quiere usted que arroje á este hombre al estanque?

ANSELMO.

Señora, tendré que levantar la tapa de los sesos á este tuno?

RITA. (Con voz desfallecida.)

Oh! nada de violencia! nada de escándalo!

BLAS. (Aparte, retirado á un rincón.)

Esto se anima!

RITA.

Obedézcale usted, Rivera.

RIVERA.

Imposible, señora!

RITA.

Se lo mando á usted... se lo suplico.

RIVERA. (Sacando el papel del cinturón.)

Ahí está la carta: haga usted lo que quiera.

(Rita toma la carta y se la pasa á don Anselmo, que la abre y se pone á leerla.)

BLAS. (Aparte.)

Venció el profesor de lengua verde.

RIVERA. (Aparte á Rita.)

Corro á buscar al coronel y á contarle lo que pasa.

RITA. (Aparte á Rivera.)

Yo sola aquí con ese hombre!.. No, no: quédese usted, y no pierda de vista á mi hijo.

ANSELMO. (Dejando de leer.)

Qué hace aquí esta gente?.. Que nos dejen solos.

RIVERA. (Aparte á Rita, señalando á la puerta de la izquierda.)

Voy á dejar esa puerta entreabierta, y oiré cuanto aquí se diga, hasta las órdenes que me dirija usted en voz baja. (Váse por la izquierda, seguido de Clara; al mismo tiempo lo hace Blas por la escalinata.)

## ESCENA XII.

RITA.—DON ANSELMO.

ANSELMO.

Hé aquí, señora, lo que le escriben á usted. (Se sienta junto al velador, y lee.) «Amada Rita: otra mala noticia.»

RITA.

Otra mala noticia!..

ANSELMO.

Así dice. Continúo! «Acaban de asegurarme que Valle está en Madrid...

RITA. (Más tranquila.)

Ah!

ANSELMO.

El aviso ha llegado tarde... no es verdad?... Prosigo. «Es posible que haya averiguado que vives en mi quinta, y creo prudente que salgas de ella sin pérdida de tiempo con nuestro Luis...» (Representa.) Su Luis!.. Me vengaré!

RITA.

Dios mío!

ANSELMO. (Leyendo.)

«Rivera sabe lo que tiene que hacer, y te llevará á un asilo seguro, donde irá á recibir tus últimas órdenes, tan pronto como el rey se retire del baile, el que ya no puede ser tu amante; pero que será tu amigo hasta la muerte.—Jaime de Fuensalta. (Dobla la carta, la encierra en el medallón que quitó á Rita, y lo guarda.) Ya vé usted que se acumulan las pruebas, que me son necesarias para lo que decíamos antes.

RITA.

Ha llegado la hora que habia previsto llegaría: sabia muy bien que más pronto ó más tarde tendria que expiar el olvido de mis deberes, á que me indujo su abandono de usted, y que disculpa la noticia que tuve de su muerte.

ANSELMO.

Sí: cuando la mortal herida, que recibí en un desafío, y que hizo que todos creyeran habia cesado de existir. Adelante, señora, adelante, que me ha interesado su exordio de usted.

RITA.

Soy criminal, no trato de negarlo, y Dios, á cuya presencia no tardaré sin duda en comparecer, me juzgará cual merezco. Oígame usted. Todas mis ilusiones se han desvanecido, y vivir sola, desterrada de la sociedad y libre de usted, es mi único deseo. Quiere usted, por respeto á su nombre... el nombre que ha de llevar Ricardo, que todo quede en silencio?... Quiere usted un divorcio sin proceso... sin escándalo... en que no medie más que

una voluntad recíproca?.. (Arrojándose á sus piés.) Anselmo, te lo pido de rodillas!

ANSELMO. (Levantándose y aparte.)

Esto va caminando hácia donde queria llevarlo.

RITA.

Nada me respondes?

ANSELMO. (Levantándola.)

Has tenido una herencia inesperada, de una parienta lejana, según me han dicho.

RITA.

Sí: un mes despues que te fuiste, llevándote contigo cuanto quedaba de mi caudal.

ANSELMO.

Una herencia, que asciende á un millon próximamente, lo que es algo.

RITA.

No demasiado para mis hijos.

ANSELMO.

Tus hijos?... Ah! sí... ya no me acordaba del otro.

RITA.

Estoy pronta á darte la mitad de lo que poseo porque me devuelvas á Ricardo.

ANSELMO.

La mitad... nada más?...

RITA.

Qué quieres decir?

ANSELMO.

Que viviendo tú á mi lado, disfrutaré del todo. Prepárate á seguirme con tu hijo... Hay, sin embargo, un medio de avenencia entre nosotros: cédeme la herencia, y consiento en nuestra separacion amigable. Te doy dos minutos para reflexionarlo. (Se asoma á la balastrada.)

RITA. (Aparte.)

Dios mio! Dios mio! cómo salvarme de él? cómo salvar á mi hijo?... Ah! este á lo menos no caerá en sus manos. (Se acerca disimuladamente á la puerta de la izquierda, y dice en voz baja:) Rivera, que Clara baje con el niño por la escalerilla escusada, y lo saque de la quinta.

ANSELMO. (Acercándose á Rita y sacando un papel del bolsillo.)

Acabemos, que quiero salir de aquí. Traigo preparado este do-

cumento, en el que te obligas á renunciar en favor mio lo que has heredado. Firma, y nunca me volverás á ver. (Dándole una pluma y poniendo el papel sobre la mesa.) Firma.

Semejante exigencia!...

ANSELMO.

Firma, te digo!

(Rivera sale por la izquierda, hace señas á Rita de que el niño está en salvo, y entra en el pabellon.)

RITA. (Aparte.)

Se ha salvado!... Gracias, Dios mio!

ANSELMO.

Te hallas en mi poder, y la ley me protege. Firma, ó partamos juntos.

RITA.

Jamás consentiré en la ruina de los dos séres, que me deben la vida.

ANSELMO.

Bien: pues toma á tu hijo en brazos, y vamos...

RITA.

No, Anselmo, no: mi hijo no está ya en la quinta... Dios le ha salvado de tí!

ANSELMO.

Mientes!... Estoy bien informado, y sé que se halla en este cuarto. (Entra precipitadamente en la habitacion de la izquierda, y vuelve á salir á poco.) Maldicion! lo que ha dicho es cierto!

RITA.

Sí! mi hijo está en seguridad!

ANSELMO.

Pero tú no. (Llevándola por fuerza á la mesa y amenazándola con un puñal.) Firma, ó te mato!

RITA.

Nunca!... (Rasga el papel gritando.) Rivera! Rivera!

RIVERA. (Presentándose en la puerta del pabellon.)

Presente.

RITA. (Desasiéndose de on Anselmo.)

Protéjame usted de este hombre!

(Se precipita en el pabellon, y Rivera se coloca delante de la puerta.)

ESCENA XII.

DON ANSELMO y RIVERA.—Después RITA y BLAS.

Paso!  
ANSELMO.

Atrás!  
RIVERA.

Paso, ó ay de tí!  
ANSELMO.

No pasará usted... y hay más: va usted á salir de la quinta.  
(Saca el sable.)  
RIVERA.

Miserable!  
ANSELMO.

Afuera!  
RIVERA.

Vas á morir!  
ANSELMO. (Apagando las luces.)

(La escena queda alumbrada por la luna.)

Verémos quien.

ANSELMO. (Tirando el puñal, sacando una pistola y haciendo fuego á Rivera.)

Tú!

(Rivera cae.)

RITA. (Saliendo al balcon.)

Dios mio!

ANSELMO. (Forzando la puerta.)

Estoy loco! (Entra en el pabellon.)

RITA.

Dios mio, amparad á mis hijos! (Se precipita en el estanque.)

(Aparece Don Anselmo en el balcon, y al mismo tiempo sube Blas la escalinata.)

ANSELMO.

Acá, Blas! Se ha arrojado al estanque! Salvémosla, si es posible!

(Blas se dirige al pabellon, y Don Anselmo se quita la levita y se tira tambien al estanque.—Cae el telon.)

## CUADRO PRIMERO.

### LOS RATEROS DEL RIO.

Patio de una taberna del Patrocinio, en el barrio de Triana. En el fondo una tapia con una puerta grande en el medio, que cuando se abre deja ver á corta distancia las aguas del Guadalquivir. A la izquierda otra puerta en primer término, que comunica con la taberna, y más allá una escalerilla de madera, por la que se sube á una habitación alta; el último escalon está más elevado que la tapia del fondo. A la derecha, puerta, tambien en primer término, y sobre ella un corredor saliente con barandilla de madera, que sigue hasta pasar por encima de la tapia del fondo y dá vuelta á la esquina del edificio, figurándose que la parte que no alcanza á ver el público, está sobre el rio. Puerta en el corredor. Delante de la puerta baja de la derecha hay un árbol y un banco. A la izquierda una mesa y una silla; en la mesa un peso, un farol encendido, un cuaderno de papel y un tintero con plumas. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

**EL TIO GALAPAGO.—LA LAGARTA.—RATEROS.—**Después **MALPELO**, y últimamente **TESTADURA**.

(Al levantarse el telon aparece La Lagarta sentada junto á la mesa y escribiendo en el cuaderno. Los rateros están á la derecha, sentados los unos y de pié los otros, murmurando todos entre dientes.)

**GALÁPAGO.**

(Saliendo por la puerta baja de la izquierda, y colocándose al lado de su mujer.)

Quereis callar, atajo de malos parroquianos?.. Se os figura que lo que hacemos aquí es para meter bulla?.. No parece sino que la ley nos protege.

LAGARTA.

Y digo!... la policía no cesa de rondar por Triana, y los celadores del rio tienen los ojos abiertos toda la noche, como las liebres, que duermen sin cerrarlos.

(Vuelve á oirse el murmullo entre los rateros.)

MALPELO. (Apareciendo en lo alto de la tapia.)

Silencio, malditos, que se os oye desde el otro lado del rio! No podeis poner sordinas en vuestras bocas? (Baja á la escena.)

LAGARTA.

Vamos, vamos, que el día viene, y ya sabeis que si os recibimos aquí á horas desusadas y os compramos una multitud de cosas, sin preguntaros de donde las sacáis, es con la condicion de que al asomar el alba, si te he visto, no me acuerdo.

GALÁPAGO.

Y esta casa, en donde se reúnen á altas horas de la noche todos los tomadores del dos del rio de Sevilla, es por el día la honrada taberna del honrado Blas, vuestro servidor.

MALPELO.

Conocido por el tío Galápago.

GALÁPAGO.

Justamente, Malpelo; y sócio de su vecino (Señalando á la puerta baja de la derecha.) el señor Ruperto, maestro cerrajero, propietario de un falucho y varias lanchas, y ordinario por agua de Sevilla á Cádiz.

MALPELO.

Pero ni sus barcos, ni su cerrajería, ni sus viages, le producen lo que el tráfico que hace aquí con la ayuda de usted, tío Galápago, y la de su mujer de usted, la tía Lagarta. Y qué bien elegida está la casa!... En el Patrocinio, al extremo del barrio de Triana, parage poco frecuentado por las noches, con puerta á la orilla del agua, (Señalando á la del fondo.) y por ese lado (Señalando á la izquierda.) otra para la taberna, que dá á la calle de Castilla... Pero vamos á ver, tía Lagarta, si hoy hacemos negocio: (poniendo un saquillo en la mesa.) Aquí hay un poco de todo: clavos viejos, botones...

LAGARTA.

Déjame en paz, que hoy es día de pago, y estoy muy ocupado. Vamos, vamos, que poco tardará en amanecer.

GALÁPAGO. (Leyendo en el cuaderno.)

Rabieta!... (Uno de los rateros se acerca á la mesa.) Has entregado durante la semana diez y siete pañuelos de seda, un reloj de oro, otro de plata, dos cucharillas de café, una capa y una pieza de Holanda.

MALPELO.

Bien ha trabajado esta semana!... Sin duda se ha afilado las uñas.

GALÁPAGO.

Total: doscientos ochenta y cinco reales.

LAGARTA. (Dándole dinero.)

Aquí los tienes.

(El ratero toma el dinero y se retira con muestras de no quedar satisfecho de la paga.)

GALÁPAGO. (Llamando.)

Cupido!

(Se acerca otro ratero, jorobado y con las piernas torcidas.)

LAGARTA.

Ven acá, hermoso Cupido.

MALPELO.

Gallardo mozo! (Aparte.) Muy feo es; pero se pinta solo para hacer llaves falsas y ganzúas.

GALÁPAGO.

Parecen sus piernas dos tirabuzones. (Leyendo en el cuaderno.) Tienes treinta y dos libras y media de cobre viejo, y además una marmita, cinco cacerolas y tres peroles, de cobre también.

LAGARTA.

Cuánto cobre!

MALPELO.

Pues que cobre.

LAGARTA.

Has dado con alguna mina?

MALPELO.

Sin duda halló un filon; pero por su desgracia no ha sido de plata.

GALÁPAGO.

Cuarenta reales y treinta maravedises es su cuenta.

LAGARTA. (Dando dinero á Cupido.)

Toma.

(Cupido se retira, tambien con señales de descontento.)

GALÁPAGO.

Renegado! (Habla en voz baja con otro ratero que se le acerca.)

MALPELO.

Conque no toma usted mi mercancía, tia Lagarta?

LAGARTA.

No.

MALPELO.

Por qué?

LAGARTA.

Porque lo que traes no vale nada, Malpelo. Tú no entiendes este negocio, y no debes ocuparte sino en el tuyo, que es bañar caballos y labar perros.

MALPELO.

Y dar lecciones de nadar, á dos cuartos, y otras muchas cosas; pero eso no es motivo para que cuando uno encuentra algo...

GALÁPAGO. (Señalando al ratero con quien ha estado hablando.)

Vamos, paga á este cincuenta y dos reales.

LAGARTA. (Dando el dinero.)

Ahí van.

(Empieza á amanecer.)

TESTADURA. (Entreabriendo la puerta del fondo y asomando la cabeza.)

Es aun tiempo?

TODOS.

Testadura!

TESTADURA. (Saliendo con un pedazo de tabla en la mano.)

Llego con la aurora.

MALPELO.

Y en el crítico momento de tomar dinero.

TESTADURA.

Buen dinero!

MALPELO.

Verdad que aquí pagan muy mal, amigo Testadura. El otro dia traje á vender un canelon entero, que cayó en mis manos, y ni aun saqué para tomar el aguardiente.

(Testadura se sienta, y los rateros le rodean con muestras de deferencia.)

TESTADURA.

Es una picardia!... Aun cuando se les trajese la catedral entera

con cuanto tiene dentro, no darían por ella una onza de oro. Por mí sé deciros que ejerciendo dos oficios, el de pescador y el de... industrial, que es pescar en el agua y en la tierra, no saco para vivir.

MALPELO. (Señalando á la puerta baja de la derecha.)

Ese de ahí, que es un avaro, tiene la culpa.

TESTADURA.

El capitalista!

MALPELO.

Don Futraque!

GALÁPAGO. (Llamando.)

Mediacara!

TESTADURA.

Puede que un día me ponga yo feo con el tal maestro Ruper-  
to, y entonces...

GALÁPAGO.

Mediacara!

MALPELO.

No está Mediacara: le han guardado.

GALÁPAGO.

De verdad?

MALPELO.

Y tan de verdad! Desde ayer está en casa de abuela.

GALÁPAGO. (Llamando.)

Testadura!

TESTADURA.

Allá voy.

MALPELO. (Aparte á Testadura.)

Manténgase usted tieso con ellos.

TESTADURA. (Aparte á Malpelo.)

Ya verás. (Acercándose á la mesa.) Buenos días, tia Lagarta. Siem-  
pre tan frescota y tan...

GALÁPAGO. (Después de leer en el cuaderno.)

Tienes entregado un anclote, treinta brazas de cable y un reloj  
de cuco.

TESTADURA.

Todo casi nuevo y de superior calidad.

LAGARTA. (Dándole dinero.)

Ahí van dos duros, que es su importe.

TESTADURA.

Eh?

LAGARTA.

Estás sordo? Dos duros.

TESTADURA.

Pues si lo que he traído vale cincuenta!.. No faltaba otra cosa!....

LAGARTA.

Te se dá dinero de más. Siempre ha de ser lo mismo!.. Me tienes harta...

TESTADURA.

No quiero hablar con usted, sino con el otro, con el maestró Ruperto.

GALÁPAGO.

No tiene que hacer sino escucharte!

TESTADURA.

Ya sé que se dá mucho tono.

MALPELO.

Como es rico...

TESTADURA.

Pues también yo soy propietario... poseo una casa, que me he construido para mi uso particular con los materiales que he ido recogiendo en mis paseos por agua y por tierra.. (Señalando al pedazo de tabla.) Como este, por ejemplo, que me servirá para una rinconera. Poseo una lancha... poseo redes magníficas,.... Pues bien: me avergonzaría de chupar la sangre de los pobres, como haceis vosotros.

GALÁPAGO.

Quieres ó no los cuarenta reales?

TESTADURA.

No. Lo que se está haciendo aquí es una infamia,

TODOS.

Sí! sí!

MALPELO.

Tiene razon.

GALÁPAGO.

Una infamia?.. Cuidado con lo que se habla!

LAGARTA.

Blas!...

GALÁPAGO.

No temas... Solo tiene lengua...

TESTADURA.

Lengua?... (Sacando una navaja.) Vas á verlo.

## ESCENA II.

DICHOS.—RUPERTO.

RUPERTO.

(Que ha salido un momento antes por la puerta del fondo, interponiéndose entre el tío Galápago y Testadura.)

Qué sucede aquí?

MALPELO. (Aparte.) Don Futraque!... y con guantes!.. con botas de charol!.. Ya ya un lujo para un maestro cerrajero!

RUPERTO. Nadie habla?.. Qué ha pasado?

GALÁPAGO. Nada!.. que Testadura ha querido hacer una de las suyas.

RUPERTO. (Volviéndose á Testadura.) Es eso verdad?

TESTADURA. Ajustábamos cuentas.

MALPELO. (Aparte.)

A dónde irá de noche tan compuesto?

(Ha acabado de amanecer.)

RUPERTO. (Cogiendo á Testadura por una oreja.) Sabes bien que si yo quiero, puedo hacer que ajustes esas cuentas en presidio.

TESTADURA. (Aparte á Ruperto y vivamente.)

Silencio, por Dios! (Guarda la navaja.)

RUPERTO. (Al tío Galápago.) Ya es de día, Blas: despide á esta gente: (Váse por la derecha.)

TESTADURA. (Aparte.) Si no supiese lo que sabe de mí, otra cosa sucedería! (Al tío Galápago.) Vamos, vengan esos cuarenta reales.

(La Lagarta le dá el dinero, y todos los rateros se van por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

EL TIO GALAPAGO.—LA LAGARTA.

LAGARTA.

Te divierte esto, Blas?... El día que te den una puñalada, que no lo veo lejano, no será tu maestro Ruperto, á quien Dios confunda, el que remedie el daño.

GALÁPAGO.

Calla, que te puede oír.

LAGARTA.

Que me oiga!... Mejor sería que se hubiese quedado en Francia, ya que volvió á ella.

GALÁPAGO.

Si no se ha quedado allá, es porque tenía sus planes acá.

LAGARTA.

Sus planes!.. Acaso te los comunica? Sabes tú lo que gana solo con remitir á Cádiz todos los meses en los secretos de su falucho lo que nos traen los rateros? Esto sin contar lo mucho que hace robar, en no se sabe dónde, ni cómo, porque se valé de personas, que no conoces, ni conocerás jamás. Eres un pobre hombre!

GALÁPAGO.

Nada me importa lo que haga fuera de aquí.

LAGARTA.

Y lo que esconde ahí, (Señalando á la derecha.) en esos subterráneos, no te importa tampoco? Hay en esas cuevas montes de oro.

GALÁPAGO.

Quién lo sabe?

LAGARTA.

Tú debes saberlo, porque tú eres quien se expone. El, como tiene siempre cien caras de que disponer, no corre tanto peligro. Se introduce en todas partes, hasta en las casas más principales, hoy jóven, mañana viejo, ahora paisano, luego militar, más tarde cura, cambiando de nombre con tanta frecuencia como de traje. Y tú, que eres su pantalla, no sabes hacer nada de eso.

GALÁPAGO.

Dia vendrá en que ajustemos cuentas estrechas.

LAGARTA.

Pues cuanto antes será mejor. Por mi parte voy á empezar por devolverle á su mujer, á esa loca, que hace tantos años que tenemos á nuestro cuidado. Maldita la gracia que me hace el bregar con la tal criatura, cuyos ojos, sin movimiento, que parecen los de una muerta, me dan miedo.

GALÁPAGO.

Pues no por eso deja de ser una gran señora, y ya que la sacamos del agua él y yo hace veinte y dos años, preciso es que la cuidemos.

LAGARTA.

Pero él te da el encargo de hacerlo solo, que buenas espaldas tienes para llevar toda la carga.

(Ruperto se deja ver en la puerta baja de la derecha, vestido de artesano.)

GALÁPAGO. (En voz baja.)

Silencio, que está ahí.

LAGARTA. (Aparte á su marido.)

La culebra ha mudado el pellejo: ya lo tenemos hecho el maestro cerrajero Ruperto. No son malas cerrajas las que él fabrica!

## ESCENA IV.

DICHOS.—RUPERTO.

RUPERTO. (Adelantándose.)

Qué tal van los negocios?

GALÁPAGO.

No muy bien... Sin embargo, hay ya para completar la carga del falucho, que se dará á la vela dentro de dos días. (Viendo que se va la Lagarta por la puerta de la izquierda.) Ha podido usted dar el golpe, que habia preparado para esta noche? Los diez mil duros?...

RUPERTO.

Mudaron de dueño.

GALÁPAGO.

Y no ha quedado rastro? No ha habido fractura?

RUPERTO.

No: las llaves han jugado bien.

GALÁPAGO. (Viendo volver á su mujer.)

Has abierto la puerta de la taberna?

LAGARTA.

Sí.

GALÁPAGO.

Voy á ver si las lanchas están bien amarradas. (En la puerta del fondo.) Se vá á repetir la tormenta de ayer, que el sol sale de color de cobre. (Váse por la puerta del fondo.)

## ESCENA V.

RUPERTO.—LA LAGARTA.—Después LUIS y RICARDO.

LAGARTA.

No necesito yo ver la salida del sol para saber eso: tengo mejor señal.

RUPERTO.

Quiere usted hablar de ella... de esa desgraciada demente?... Ha estado muy agitada esta noche?

LAGARTA.

Si señor: su mujer de usted no nos ha dejado sosegar desde que anocheció. Le aseguro á usted que tenemos con ella una carga bien pesada.

RUPERTO.

Sabré recompensar á ustedes.

LAGARTA. (Aparte.)

Cuándo será eso?

RUPERTO.

Oigo gente en la taberna.

LAGARTA. (Mirando por la puerta.)

Es verdad: son dos caballeros jóvenes, y muy guapos, por cierto.

RUPERTO. (Mirando también por la puerta, y aparte.)

Luis y Ricardo!... A qué vendrán aquí?... Si sabrán ya?... (Se esconde detrás del árbol.)

LAGARTA. (En la puerta.)

Pasen ustedes, si gustan, señoritos.

(Ricardo y Luis salen.)

LUIS. (Muy agitado.)

Me han dicho que aquí se alquilan lanchas, y quisiera...

LAGARTA.

Si señor, si: lanchas tenemos. Necesitan ustedes una?... Para San Juan, ó para Coria?

LUIS.

No: para un poco mas allá de la Algaba.

LAGARTA.

Malo está el rio para subirlo, pues con la tormenta de ayer baja mucha agua, y dudo que una lancha pueda resistir á la corriente.

LUIS.

Me precisa ir... Respondo de las averías, además de que le pagaré á usted doble de lo acostumbrado, y le dejaré en depósito el dinero que quiera.

LAGARTA.

Si ustedes no temen tampoco á las averías de sus cuerpos, voy á que dispongan la lancha. (Aparte y mirando á su alrededor.) A dónde se ha metido el lobo? (Vase por el fondo.)

## ESCENA VI.

LUIS.—RICARDO.—RUPERTO *oculto*.

LUIS. (Mirando al reloj.)

Tendré tiempo.

RICARDO.

Vamos, Luis, calma... Qué diablos! no está todo perdido.

LUIS.

Que no está todo perdido, dices?... Sin duda no has puesto atención en lo que te he contado. El conde de Fuensalta, de quien sabes que soy secretario, que en todo me distingue y me ama como á un hijo, á mí, que lo soy de un pobre capitán retirado, que es su administrador, me entregó ayer mañana diez mil duros, procedentes de la suscripción abierta en Sevilla en favor de los heridos del ejército de las provincias vascas,

que obraban en su poder como promovedor de dicha suscripcion, para que buscase letra, á fin de enviarlos á Madrid.

RICARDO.

Sé todo eso.

LUIS.

Te encontré al salir de la casa del conde; me hiciste pasar el dia contigo en la venta de Heritaña, y la noche en el juego; y cuando esta madrugada llego á mi casa, deseoso de reparar el tiempo perdido y pesaroso de haberme dejado guiar por ti, corro al cajon en donde habia dejado el dinero, y me encuentro con que ha desaparecido, me encuentro con que esta noche pasada me han robado los doscientos mil reales en mi casa, á dos pasos de donde dormia mi padre.

RICARDO.

A dos pasos de donde dormia tu padre!... Has hablado con él?

LUIS.

No le he visto.

RICARDO.

Pues el capitán Rivera sabrá algo, sin duda, y la justicia averiguará...

LUIS.

Cómo, si no ha quedado la menor señal del robo?... Puertas, cerraduras, todo está intacto. De qué manera probaré que no soy cómplice del ladron?... de qué manera probaré que el ladron no soy yo?

RICARDO.

Quién puede pensar eso?

LUIS.

El que sepa que hace dos meses me entrego en tu compañía á todo género de placeres y disipacion, el que sepa que me has hecho pasar la noche con las cartas en la mano, y que he perdido una cantidad muy superior á mis recursos.

RUPERTO. (Aparte.)

Vamos, Ricardo me sirve bien.

RICARDO. (Sentándose en el banco que hay delante del árbol.)

Y te propones contar tu desgracia á Don Braulio, el baquero?

LUIS.

Sí, Pronto llegaremos en la lancha á su casa de campo, donde

se halla, y no dudo que me sacará de mi apuro, porque es muy rico, y muchas veces se me ha ofrecido...

RICARDO.

No sé qué te diga... Me han asegurado que se presenta como candidato en Sevilla para diputado á córtes, en cuyo caso le disputa el puesto al conde de Fuensalta, que es el candidato del gobierno.

RUPERTO. (Aparte á Ricardo.)

Calla: no le disuadas de ir.

RICARDO. (Aparte y levantándose.)

Qué oigo!

## ESCENA VII.

DICHOS.—LA LAGARTA.—EL TIO GALÁPAGO.

LAGARTA. (Saliendo por el fondo con su marido.)

La lancha espera, señoritos; pero cuidado con el rio, que viene muy fuerte. Me parece imposible que lleguen ustedes á la Algaba.

LUIS.

Llegaremos. Ven, Ricardo.

RICARDO. (Aparte.)

Ese hombre aquí!...

(Luis se vá por el fondo, llevándose á Ricardo, y la Lagarta los sigue.)

## ESCENA VIII.

RUPERTO.—EL TIO GALÁPAGO.

RUPERTO. (Saliendo de detrás del árbol.)

Esto marcha! esto va bien!... (Mirando á la puerta por donde se ha ido Luis.) Eres hijo del conde de Fuensalta... Si tú no lo sabes, yo lo adivino, lo conozco por el ódio que me inspiras. Por medio de tu deshonra llegaré hasta el corazon de tu padre.

GALÁPAGO.

Bastante daño le ha hecho á usted.

RUPERTO.

Sí; porque si no me hubiese robado á mi esposa... si esa mujer me hubiese amado, yo seria actualmente un hombre honrado y feliz, como él lo es... gozaria la estimacion de los buenos, como él la goza... pero Rita me ha aborrecido siempre, y todo su amor lo puso en Fuensalta. El amante es hoy un hombre ilustre; el marido es un bribon.

GALÁPAGO.

Tambien la fortuna le ha protegido á usted.

RUPERTO.

Ah! pero él... él!.. Rico ya por su herencia paterna, triplicó sus bienes por medio de su casamiento; fué ascendido á mariscal de campo, á teniente general despues. Venido el gobierno representativo, depuso la espada por la tribuna, y siempre próspera la suerte para ese rival odiado, se ha hecho el orador, que la España admira, llegando de triunfo en triunfo hasta el honor de tener suspendido de sus lábios el destino de un pueblo. Candidato hoy del gobierno en Sevilla, no dejará de ser elegido diputado, es bien seguro... Y qué ha sido de mi entretanto? De jugador pasé á tahur; de tahur á... otra cosa... Tal es el destino!

GALÁPAGO.

Pero debe ser un consuelo para usted ese muchacho, que se presenta en el mundo con el nombre de don Ricardo de Dávalos, y que tanto promete.

RUPERTO.

Al contrario: es para mí otro motivo de pesar, de encono... porque siendo yo un bandido, no me atrevo á decirle: Soy tu padre... Sin embargo, velo por él, aunque de lejos, y de vez en cuando me presento en los salones donde brilla, para llenar sus bolsillos de oro, á fin de que prosiga su vida alegre y dichosa. Oh! pero te vengaré tambien, hijo mio. Ama á esa hermosa niña, hija del conde de Fuensalta, y será tu esposa!

(La Loca sale de la habitacion alta de la izquierda y baja con lentitud la escalerilla.)

GALÁPAGO.

Su esposa de usted viene.

RUPERTO. (Mientras la Loca baja.)

Mi esposa!.. Tal vez en medio de su fortuna y de su gloria, el conde de Fuensalta conserva la memoria de Rita, llevando luto en su corazon por una persona que amó y que cree no existe...

El tuvo á la mujer; yo tengo al espectro, al fantasma de piedra, con su boca muda, su mirada fija, que nada anima, como no sea el ódio cuando me presento á ella... Oh! ese hombre!...

## ESCENA IX.

DICHOS.—La LOCA.

LOCA. (Adelantándose con paso lento y escuchando.)

El río murmulla... (Tendiendo las manos hácia el fondo.) El agua!.. en ella dejé la vida... El agua! sudario helado, abismo profundo, que devolvió mi cuerpo y que guardó mi alma!.. Aquí estoy inerme, sin memoria... de pié y muerta!.. Soy un cadáver, y mis ojos estan abiertos!.. Saber que he vivido, y no acordarme de mi vida!.. Sí; pero me acuerdo de mi muerte... Horrible noche! (Se sienta en el banco.)

RUPERTO. (A la Loca con voz tímida.)

Has hecho mal en bajar: la mañana está fria, va á llover, y anoche no has dormido.

LOCA. (Sin mirarle.)

Mientes!.. Si no se durmiese en la tumba, dónde se dormiría?

RUPERTO.

Me conoces?

LOCA. (Con la mirada fija.)

Sí: eres uno de los demonios que guardan mi sepulcro. Vete!

RUPERTO. (Con cólera reconcentrada.)

Siempre lo mismo!

LOCA.

Vete!

RUPERTO.

Siempre!

GALÁPAGO. (Mirando por la puerta del fondo.)

Los dos jóvenes vuelven.

## ESCENA X.

DICHOS.—LUIS.—RICARDO.—La LAGARTA.

LAGARTA (Al salir.)

Bien les decia á ustedes que la lancha no podria cortar la corriente. Trae mucha fuerza el rio, y es milagro que no ha sucedido una desgracia.

LUIS.

El cielo está contra mí!.. Y no tener aquí ni siquiera un caballo!..

RUPERTO.

Yo lo tengo, y tambien una calesa, que puedo prestarles á ustedes.

LUIS.

Se lo agradeceré á usted con toda mi alma.

RICARDO. (Aparte á Ruperto.)

Usted aquí, y en ese traje!..

RUPERTO. (Aparte á Ricardo.)

Silencio! (Alto.) Esperen ustedes un momento. (Váse por la derecha con el tío Galápagó.)

## ESCENA XI.

DICHOS, menos RUPERTO y el TIO GALAPAGO.

LAGARTA. (Ala Loca.)

Ahí no está usted bien, vaya usted á arriba.

LOCA.

Arriba... arriba... arriba...

LAGARTA. (A los jóvenes que se acercan y miran á la Loca con sorpresa.)

Es una parienta nuestra, que tiene los sentidos á componer.

LUIS.

Pobre!

RICARDO.

Se conoce que habrá sido muy bella, y su aspecto es distinguido.

LOCA. (Viendo á los jóvenes, levantándose y acercándose á ellos.)

Quiénes sois vosotros?.. Los dos jóvenes y hermosos... (Le toma una mano á Luis.) Niño, perteneces al mundo de los vivos, y sin embargo veo el pálido dolor estampado en tu frente... (A Ricardo.) Y tú, tú también... Oh! pero esos ojos!.. esa mirada sombría y fatal!.. (Se acerca á Luis.) Pobre jovencito!.. Cómo te llamas? Dímelo!.. Yo estoy muerta, y he olvidado mi nombre... solo sé que me llaman la Loca del Guadalquivir... pero me parece que no olvidaré el tuyo.

LUIS.

Me llamo Luis.

LOCA.

Luis!..

## ESCENA XII.

DICHOS.—EL TIO GALAPAGO.—Después RUPERTO.

GALÁPAGO. (Presentándose en la puerta baja de la derecha.)

Entren ustedes, señores.

LUIS. (A la Loca.)

Tampoco yo me olvidaré de usted. Ven, Ricardo, ven.

(Vánse los dos con el tío Galápago por la derecha, y la Loca quiere seguirlos; pero al llegar á la puerta, se presenta en ella Ruperto y la detiene con un gesto imperioso, que la hace retroceder asustada.)

RUPERTO. (A si mismo.)

Bien decia yo que no era hijo de Rivera, sino de Fuensalta... Sí, Luis es hijo del conde... Ella lo ha presentado, ella!.. la madre ha adivinado que es hijo suyo!

## CUADRO SEGUNDO.

### LA AFRENTA.

Sala de la casa del conde de Fuensalta. Puerta en el fondo y laterales. Muebles de lujo, y entre ellos un velador con un almuerzo servido y algunos periódicos.

### ESCENA PRIMERA.

#### EL CONDE.—RIVERA.

(Rivera aparece de pié junto al Conde, que sentado delante del velador, lee un periódico.)

RIVERA.

Pero no acaba usted de almorzar, mi general? Qué afán de noticias!... Malditos periódicos!

CONDE. (Dejando el periódico y comiendo.)

En donde está Luis? Ha recogido la letra de diez mil duros, que le encargué?

RIVERA.

Sí señor, sí: no hay cuidado. (Aparte.) Yo sí lo tengo, pues desde ayer por la mañana no le he podido echar la vista encima.

CONDE. (Hablando consigo mismo.)

Infames!... Siempre insinuaciones pérfidas! siempre calumnias!

RIVERA.

Qué hay de nuevo?... La política vá á acabar con usted, mi general.

CONDE.

Rivera, en muchos campos de batalla nos hemos encontrado, y muchos peligros hemos corrido con faz serena.

RIVERA.

Si señor: en nuestra santa guerra de la Independencia, guerra sagrada, en la que peleábamos contra franceses, contra extranjeros, y no, como sucede ahora en las provincias vascongadas, que se batien españoles contra españoles, hermanos contra hermanos.

CONDE.

Tienes razon; pero qué son las balas, la metralla y los demás mensajeros de la muerte, comparados con las armas que se usan en la política? (Se levanta.)

RIVERA.

Por eso hace usted muy mal, á mi entender, en tomar parte en ella. No se ha contentado usted con ser procurador del reino, durante la existencia de los estamentos, y diputado despues en las cortes generales, sino que tambien ahora se presenta usted en Sevilla como candidato del gobierno para la próxima legislatura... Y á propósito de gobierno, ha obtenido usted ya del ministro lo que solicitaba para su amigo Don Braulio, el banquero?

CONDE.

Aun no; pero estoy esperando de un correo á otro la real órden, concediéndole el suministro de víveres para el ejército del Norte, que es lo que desea.

RIVERA.

Pues lo sentiré, mi general.

CONDE.

Por qué?

RIVERA.

Porque el tal Don Braulio me estomaga.

CONDE.

Pues es un hombre inteligente, activo y liberal de corazon. De otro modo no me hubiera interesado por él.

RIVERA.

No diré lo contrario; pero hay antipatías en el mundo... Yo no tengo más que dos: á las arañas y al banquero Don Braulio.

CONDE.

Eres un niño... Pero hablemos de otra cosa. Sabes qué día es mañana?

RIVERA.

No crea usted que se me olvida, mi general. Mañana es el día 24 de agosto de 1836; mañana hará veinte y dos años que desapareció esa desgraciada mujer, y que ese demonio de Don Anselmo me hizo tragar una onza de plomo, que me costó mucho trabajo digerir. Si alguna vez le encuentro!...

CONDE.

Pobre Rita!... A dónde se la llevaría ese hombre? qué habrá sido de ella?... Sin duda ha muerto.

RIVERA.

Como mi pobre Clara; pero á lo menos me queda Luis.

CONDE.

Sí: te le dí, porque no podía reconocerlo como hijo legítimo, ni tenerlo á mi lado después de mi casamiento; te le dí, diciéndote: Rivera, has llegado á capitán; pero tus heridas te hacen molesto el servicio: retírate, administra mis bienes y adopta á mi hijo por tuyo.

RIVERA.

Todo lo cual hice con mil amores.

CONDE.

Pero aunque no me llama padre, y á pesar de que tengo una hija de mi matrimonio, no por eso el hijo de Rita deja de ocupar un lugar muy preferente en mi corazón.

RIVERA.

Lo sé.

CONDE.

Pero dime: hace algún tiempo que estoy notando que Luis no es el mismo. Apenas le veo una hora cada día, y se presenta con un lujo, afecta una elegancia...

RIVERA. (Aparte.)

Ay! ay!

CONDE.

En qué consiste esto?.. En qué se ocupa?

RIVERA.

Qué quiere usted que le diga, mi general?... No se aparta de

ese Don Ricardo de Dávalos... Qué es lo que usted sabe del tal Dávalos?

CONDE.

Lo que tú. Cuando estuve de embajador en París, me lo presentaron como un caballero español, y contrajo amistad con Luis, que se alegró mucho de haber encontrado un compatriota de su edad. Después de mi regreso, ha continuado visitando mi casa en Madrid, y también me le he encontrado en Sevilla, donde hemos venido á pasar el verano.

RIVERA.

Pero ese caballerito, que usted apenas conoce, le hace cocos á la señorita Eladia...

CONDE.

A mi hija!... Es preciso averiguar...

RIVERA.

Ya lo hago yo, y tal vez hoy mismo sepa á qué atenerme respecto al tal Don Ricardo de Dávalos.

CONDE.

Qué quieres decir?

RIVERA. (Mirando por la puerta de la izquierda.)

Ya hablaremos, que ahora se acerca ella.

## ESCENA II.

DICHOS.—ELADIA.

ELADIA. (Saliendo por la izquierda.)

Buenos dias, papá. Buenos dias, señor capitán Rivera.

(Rivera se inclina.)

CONDE.

Buenos dias, hija mia.

ELADIA.

Me alegro de que hoy te haya quedado tiempo para almorzar.

(A Rivera.) No ha venido aun Luis? Está malo?

RIVERA.

No, no por cierto.

ELADIA.

Lo celebro. Como se vende tan caro ahora...

RIVERA.

Dejo á ustedes. (Al Conde.) Volveré, para comunicarle á usted lo que me digan de Dávalos.

ELADIA. (Aparte y turbada.)

De Dávalos!... Qué será esto?

RIVERA. (Aparte, observando á Eladía.)

Se ha turbado.

CONDE.

Que no se olvide Luis de traerme esa letra antes de la salida del correo.

RIVERA.

Se lo diré, mi general. (Aparte.) Maldito muchacho!... me tiene con una inquietud!... Voy á ver si le encuentro. (Saluda y se vá por el fondo.)

### ESCENA III.

DICHOS, menos RIVERA.—Luego UN CRIADO.

ELADIA. (Acercándose al Conde, que ha tomado un periódico.)

Pero, papá, ni siquiera cuando yo estoy presente quieres dejar de leer?

CONDE.

Perdona, hija mía. (La besa en la frente.)

ELADIA.

No puede una estar ni cinco minutos á tu lado, sin ver á un lacayo, que abre una puerta, se presenta, saluda y dice...

(Un criado se presenta en la puerta de la derecha.)

CONDE.

Qué hay?

CRIADO.

Está en el despacho un caballero, que desea hablar con V. E. de parte del señor gefe político.

CONDE.

Bien: voy allá.

(Vase el criado.)

ELADIA.

Qué tal?... no lo decia?... Pues siempre sucede lo mismo; y entonces mi señor padre, que no parece serlo, el gran orador,

para quien la España es todo y su hija no es nada, me dá un beso en la frente con gravedad, y se aleja. (El Conde se dirige á la puerta de la derecha.) Pero esta vez hasta se olvida de besarme.

CONDE. (Volviendo y besándola en la frente.)

Ya sabes, Eladia mia, que si mi pensamiento es de otros, mi corazon es tuyo. (Vase por la derecha.)

#### ESCENA IV.

ELADIA, sola.

Ya estoy sola, como siempre. Desde que murió mi madre, la soledad es mi vida... la soledad, que amo y que temo... En presencia de mi padre, á quien agovia la política, me esfuerzo para mostrar una alegría infantil, una mirada serena y unos labios risueños; pero me deja, y la máscara cae... inquieta y agitada entro en el mundo interior de mis pensamientos y de mis sueños... Leeré un poco, que eso distrae. (Se dirige á tomar un periódico, ve á Ricardo, que se presenta en la puerta del fondo, y dice aparte:) Ah! Don Ricardo!... Dios mio!...

#### ESCENA V.

ELADIA.—RICARDO.

RICARDO. (Adelantándose.)

Perdone usted, señorita. Busco á Luis, de quien me separé hace una hora, y creí que estaria aquí.

ELADIA.

Puede que se halle en el despacho de mi padre. Con permiso de usted me retiro. (Va á irse.)

RICARDO.

Por favor espere usted un instante.

ELADIA.

Caballero...

RICARDO.

La casualidad me ha puesto en presencia de usted, y mucho debo agradecersele, pues me permite hablarle á usted á solas. Nada tema usted, y tenga á bien oirme... Mucho tiempo hace

que esperaba este momento, este minuto fugitivo, en el que por fin puedo revelarle lo que pasa en mi alma.

ELADIA.

No debo oír ese lenguaje.

RICARDO.

Eladia!...

ELADIA.

Retírese usted... Se lo mando... se lo ruego.

RICARDO.

Por qué?... La sigo á usted desde que en París la ví en un baile, esperando durante mucho tiempo una palabra, una mirada, sin que una queja de mi corazón haya turbado la tranquilidad de su alma de usted, la serenidad sin nubes de su altiva virtud. (Eladia hace un movimiento.) Oh! déjeme usted que la diga esto, y en seguida llame usted á los criados, para que me echen á la calle... Me iré; pero sabrá usted que mi vida está en sus manos.

ELADIA.

No sé, Don Ricardo, cómo es que nos hallamos á solas; pero conozca usted que abusa del encuentro.

RICARDO.

No diga usted eso, señorita. Acaso la plegaria de un alma devota abusa de Dios, que la oye?... Lo que en usted me enamora no es solamente su seductora belleza, su gracia, su juventud, sino mas aun su inocencia, su candor virginal.. La amo á usted porque brilla en mi vida como una estrella de misericordia... No he conocido á mi madre, no me acuerdo de mi padre, por mucho que lo busque en mi memoria; ambos han muerto, y niño abandonado, he pertenecido á quien ha querido recogerme... Oh! el abandono!...

ELADIA. (Aparte.)

Quisiera no oírle, y á pesar mio...

RICARDO.

Oígame usted, Eladia: si usted me digese una palabra, nada mas que una palabra: «Espere usted,» con ella cambiaria usted mi alma, y empezaria para mí una vida nueva.

ELADIA.

Pero esa palabra...

RICARDO.

Eladia!...

ELADIA.

Pues bien: no le prohibo á usted que espere... Pero váyase usted, déjeme usted.

RICARDO.

Gracias! gracias!.. Es usted mi redentor! me salva usted!  
(La toma una mano.)

ELADIA. (Mirando por la puerta de la derecha y retirando su mano.)

Mi padre!...

## ESCENA VI.

DICHOS.—EL CONDE.

CONDE. (Salicudo por la puerta de la derecha.)

Retírate, Eladia.

ELADIA.

Papá... (El Conde la dirige una mirada imperiosa. Aparte, yéndose.) Qué mirada tan severa!... Qué va á suceder, Dios mio? (Vase por la izquierda.)

CONDE.

Mucho se ha equivocado usted en la hora de venir, caballero. El conde de Fuensalta abre sus puertas por la noche á los que le favorecen; pero durante el día, el hombre público recibe en su despacho, y no en su sala.

RICARDO.

Reconozco, señor Conde, cuanta ha sido mi temeridad; pero toda la culpa es mia.

CONDE. (Con altivez.)

No he supuesto lo contrario.

RICARDO.

Perdone usted á un loco, á un insensato; pero crea usted que la veneracion que me inspira la señorita de Fuensalta...

CONDE.

Basta, señor mio, basta!

RICARDO.

Me retiro. (Va á irse.)

CONDE.

Una palabra. Ha llegado á mi noticia que aprovechando usted la especie de amistad que le une á mi secretario Don Luis de Ri-

vera, arrastra á ese jóven á un torbellino de disipacion y placeres. Esto es grave, y me dá motivo para que me ocupe de usted. Quién es usted? qué familia es la suya? con qué medios de subsistencia cuenta? Quiero y debo saberlo, y le escucho á usted.

(Riviera se presenta en la puerta del fondo.)

RICARDO.

Señor Conde... mi familia... mis medios de subsistencia...

CONDE.

No sabe usted qué responder.,. Pues cuidado que esto es más sério de lo que usted se figura.

## ESCENA VII.

DICHOS.—RIVIERA.

RIVIERA. (Adelantándose.)

No insista usted, señor Conde, que este caballero tiene buenas razones para callar.

RICARDO. (Aparte.)

Dios mío!

RIVIERA.

Qué quiere usted que responda? En primer lugar, no se llama Dávalos.

RICARDO.

Cómo se atrevé usted?...

RIVIERA. (Presentándole al Conde una carta abierta.)

Lea usted, lea, y verá... (A Ricardo.) Me atrevo á muchas cosas. Sé por datos irrecusables que su apellido de usted es un apellido postizo.

RICARDO.

Y quiere usted decirme, señor mío, cuál es el que me pertenece?

RIVIERA.

Lo ignoro; pero lo cierto es que no teniendo usted bienes conocidos, ni oficio, ni beneficio, sostiene usted una vida de príncipe; lo cierto es que ha elegido usted á mi Luis, á mi hijo, por compañero, ó tal vez por víctima de sus desarreglos; y lo cierto es, en fin, que anoche lo llevó á usted á una casa sospechosa, en donde se jugaba un juego infernal.

CONDE. (Que ha estado leyendo.)

¿Qué oigo!

RIVERA.

Y no es la primera vez que lo hace usted, señor... como se llame.

CONDE.

Pero entonces... los diez mil duros, que le entregué...

RIVERA.

Pues eso es lo que me tiene con cuidado; porque un joven sin experiencia en manos de tahures, como el que está presente...

## ESCENA VIII.

DICHOS.—ELADIA, y un momento despues LUIS.

ELADIA. (Asonándose á la puerta de la izquierda.)

Dios mio!

RICARDO.

No permito que se me injurie, que se me calumnie de ese modo...

CONDE. (Viendo á Luis que sale por el fondo.)

Ah! Luis! Y la letra?

RIVERA.

La traes?

LUIS. (Sacando una letra del bolsillo.)

Aquí está.

CONDE. (Aparte.)

Respiro!

RICARDO. (Al Conde, señalando á Rivera.)

Ya vé usted señor Conde, lo que valen sus acusaciones.

CONDE.

Está usted aquí demás: salga usted.

(Rivera se le acerca y le habla en secreto.)

RICARDO. (Aparte y con desesperacion.)

Me echa de su casa!... (Viendo á Eladia.) Y ella está presente!  
(Váse fuera de st.)

LUIS. (Aparte.)

Reparé el daño... pero podré cumplir mi promesa?

(Cae el telon.)

## CUADRO TERCERO.

### LA VELA DE CERA.

El escenario aparece dividido en dos partes. La de la derecha, mucho mayor que la otra, es una sala con puerta en el fondo y laterales, cubiertas estas últimas con tapices, y muebles de mucho lujo, entre los que hay un velador á cada lado del proscénio con una vela encendida en cada uno. La division menor representa un pasillo oscuro con puerta á la derecha, que es la de la izquierda de la sala, y otra enfrente, á la izquierda; en el fondo termina una escalerilla, que tambien carece de luz.

### ESCENA PRIMERA.

**RUPERTO**, disfrazado de caballero muy anciano, y un **CRIADO**; despues **DON BRAULIO**, y mas tarde **RICARDO**.

**CRIADO**. (Saliendo por el fondo.)

Mi amo sale en seguida. Acaba de levantarse de la mesa, donde ha comido con varios amigos, é iban á tomar el café cuando he dicho que estaba usted aquí.

**RUPERTO**.

Bien.

**CRIADO**. (Mirando por la puerta del fondo.)

Ya llega. (Vásc.)

**BRAULIO**. (Saliendo y dándole la mano á Ruperto.)

Muy bien venido, señor don Romualdo. Por qué no se ha adelantado usted un poco, y hubiera comido conmigo y varios ami-

gos, que me han favorecido hoy en mi casa de campo?... A lo menos llega usted á tiempo de tomar café con nosotros.

RUPERTO.

Lo haré con mucho gusto.

BRAULIO. (Mirando por la puerta del fondo.)

Ah! aquí viene Dávalos.

(Ricardo sale y saluda.)

RUPERTO.

Lo celebro, porque tengo que hablar en secreto con este caballero.

BRAULIO.

En ese caso dejen á ustedes; pero que la conferencia no sea larga, porque se enfriaría el café. (Váse por el fondo.)

## ESCENA II.

RUPERTO.—RICARDO.

RICARDO.

Espero sus órdenes de usted, caballero, aunque no tengo el honor de conocerle.

RUPERTO. (Quitándose unas gafas verdes, que trae puestas.)

No me conocés?

RICARDO.

Cómo!... es usted?

RUPERTO.

Yo mismo. Te he escrito dándote cita aquí, lo uno porque deseaba verte, y lo otro porque supongo que necesitarás dinero. (Dándole un bolsillo.) Toma.

RICARDO.

No lo quiero.

RUPERTO.

Por qué?

RICARDO.

Porque me ha mentido usted; porque el apellido que llevo no es el mio; porque ha hecho usted que yo sea lo que usted es: un aventurero, un caballero de industria; porque estoy cansado de caminar por una senda oscura, equívoca y vergonzosa; porque por su dinero le obedecía, y ya no quiero obedecerle.

RUPERTO.

Un rompimiento entre nosotros, Ricardo!... entre tú, el niño que amo, que he criado, y yo, que fui á buscarte á Burdeos, en donde vivias abandonado, y te dije: eres huérfano; sígueme, que tu padre te ha legado á mí.

RICARDO.

Y le seguí á usted, y erramos por Francia, ya nadando en la opulencia, ya sumidos en la miseria. Ay! no comprendia entonces estos cambios de posicion, y cuando los comprendí, ya era tarde... En vano huí aterrado... Era jóven, ardiente, me hallaba ansioso de placeres, quise vivir, vivir á cualquier costa, y cuando me volvió usted á ofrecer oro y proteccion, acepté uno y otro.

RUPERTO. (Aparte.)

Los lazos de familia tienen su fatalidad!

RICARDO.

Pero he tenido que pagarle á usted sus dádivas: me ha sido preciso, como cómplice ciego, trabajar en el edificio que usted construye, no sé para qué objeto infame; he tenido necesidad de poner el pie en la casa del conde de Fuensalta, donde me esperaban todas las penas de un amor insensato; me he visto forzado á apoderarme de Luis, á quien aprecio, y abrirle el mundo nocturno de los garitos y de las orgías... Y todo para qué, Dios mio!... Para llegar á una hora maldita, que debí preveer, en la que, desenmascarado, he tenido que doblar la cabeza ante la mirada que me insultaba, ante la voz que me ponía en la calle.

RUPERTO.

Qué dices?

RICARDO.

Sí: ayer mañana me echó el Conde de su casa, como á un lacayo insolente, y delante de ella... delante de Eladia!

RUPERTO. (Con voz terrible.)

Te ha echado de su casa, y no quieres mi dinero?

RICARDO.

No.

RUPERTO.

Peró aceptarás la venganza.

RICARDO.

La venganza!

RUPERTO.

Oyeme, que los momentos son preciosos. Me he presentado en esta casa de una manera, que me ha valido la confianza de Don Braulio, pues me cree agente de sus amigos políticos de Madrid. Odia á Fuensalta por envidia de sus glorias en la tribuna, y no solo quiere vencerle en la lucha electoral, que se prepara, sino que le seria muy grato el perderle. Yo he tenido maña, guardando mis planes para mí solo, de conocer los suyos y esplotarlos en beneficio mio. Necesitaba á Luis, y se lo he entregado atado de pies y manos. Sí: para conseguir una cantidad, de la que dependía su vida, se ha atrevido...

RICARDO.

Lo comprendo todo. Acabe usted.

RUPERTO.

Silencio, que alguien se acerca. (Mirando por la puerta del fondo.) Es don Braulio con el mismo Luis... (Señalando á la puerta de la izquierda.) Pero desde allí podremos oírlos. Ven... Me has dicho que llevas un apellido usurpado; pero yo te descubriré el tuyo, y sabrás entonces por qué debes odiar y vengarte. Ven.

(Se lleva á Ricardo al pasillo, donde entabla con él una conversacion en voz baja, al mismo tiempo que escuchan la que tienen en la sala Luis y Don Braulio, que salen por el fondo.)

### ESCENA III.

RUPERTO y RICARDO en el pasillo.—LUIS y DON BRAULIO en la sala.

BRAULIO. (Saliendo.)

Aquí estaremos más al abrigo de las miradas, y sobre todo de los oídos, querido Luisito. Con que me trae usted el nombramiento de asentista del ejército del Norte?

LUIS. (Dándole un pliego.)

Aquí está.

BRAULIO. (Después de recorrer el papel con la vista.)

Pues déle usted en mi nombre al señor Conde las más expresivas gracias...

LUIS.

No se trata de eso. Ayer me hizo usted uno de esos favores, que no se olvidan nunca, ofreciéndome que si el conde de Fuensalta le cumplía á usted su oferta de conseguirle la contrata, me devolvería mi recibo. Espero, pues, que me le entregará ahora mismo, porque ya tiene en su poder la real orden.

BRAULIO.

Me parece que está usted enfadado conmigo.

LUIS.

- Yo!

BRAULIO.

Sí, con motivo de ese recibo malhadado, y nada más natural que el que se le exigiera á usted.

LUIS.

Pero como también ha querido usted...

BRAULIO.

Lo que debía querer. Me viene usted á pedir diez mil duros sobre su firma, sobre la firma de un pobre secretario, y de ese modo no podía darlos; pero como sé que el conde le quiere á usted mucho, y es capaz hasta de pagar sus deudas, le dije á usted: exprésese en el documento que el dinero lo toma usted á nombre del conde de Fuensalta, y es cosa hecha. Qué diablos, amiguito! los negocios son negocios.

LUIS.

Todo eso está bien; pero añadió usted que si le traía la contrata de los víveres, que le ha de valer millones, me devolvería mi recibo. Por esto lo firmé, pues estaba seguro de que el Conde cumpliría su promesa.

BRAULIO.

No tengo inconveniente en declarar que nada me debe usted.

LUIS.

No lo creo yo así, porque he aprendido otra cosa en la escuela de mi amo. Soy siempre deudor de usted, y emplearé mi fuerza, mi energía, mi juventud, mi vida, para hallar medios de pagarle; pero lo que pido, caballero, lo que quiero es que el nombre del Conde no se halle por más tiempo mezclado en este funesto negocio. Réclamo la palabra de usted y le exijo ese escrito.

BRAULIO. (Aparte.)

Será preciso hablarle claro.

RUPERTO.

Oye bien esto, Ricardo. (Le sigue hablando en voz baja.)

BRAULIO.

Cuando acabó usted ayer de hacer el precioso documento, vió usted que lo encerré allí... (Señala á la izquierda.) en uno de los cajones de mi mesa de despacho.

LUIS.

Y qué quiere usted decirme con eso?

BRAULIO.

Que allí está bien guardado, y que allí permanecerá.

LUIS.

Cómo!

BRAULIO.

Sí: me conviene conservarlo.

LUIS.

Para qué?

BRAULIO.

No tema usted por la honra del conde de Fuensalta: no peligrará en mis manos.

LUIS.

Dios mío!

BRAULIO.

Que no me dispute el puesto en el congreso, y nadie hará uso del arma que usted me ha entregado; se lo juro á usted, nadie.

LUIS. (Con un arranque de indignacion.)

El arma que le he entregado á usted!... hay otras armas, que matan, y usted morirá á mis manos!

BRAULIO.

Tá! tá! tá! tá!... Antes de que usted me asesine, amiguito, tendré tiempo para publicar su recibo. Soy asentista del ejército del Norte, por la mediación del conde de Fuensalta, íntimo amigo del ministro de la Guerra; por el servicio que me ha prestado le he hecho un regalo de diez mil duros, y lo prueba un documento, en que el secretario de dicho Conde reconoce haberlos recibido á nombre y por orden de su amo... de lo que resulta un crimen, previsto y castigado por las leyes.

LUIS. (Cayendo en una silla.)

Santo Dios!... estoy soñando?

BRAULIO.

Un sueño dorado es el de usted. Qué puede importarle á usted quedar mal con el Conde, que vá á tener que retirarse á la vida privada, si yo le tomo bajo mi proteccion y le pongo en el camino de los honores, de los empleos, de la opulencia?... No soy ingrato con los que me sirven bien. Vamos, vamos, reflexione usted, á cuyo fin le dejo solo. Hasta despues. (Váse por el fondo.)

## ESCENA IV.

DICHOS, menos DON BRAULIO.

LUIS.

Infame!... infame hombre!... Quién lo hubiera creido? (Queda sumergido en reflexiones.)

RUPERTO.

(Continuando en voz alta la conversacion que ha tenido en secreto con Ricardo durante la escena anterior.)

Sí, Ricardo, sí... Jaime de Fuensalta ha deshonrado á tu madre Rita, esposa de Don Anselmo del Valle. Este es el medallon con el retrato de los dos amantes, y dentro hallarás la carta del seductor. (Le dá el medallon.) Ahora te toca obrar: has oido lo que han dicho, y te he dictado lo que debes hacer. Necesitamos á toda costa ese recibo, que se niega á devolver don Braulio.

RICARDO. (Entrando en la sala, empujado por Ruperto, y aparte.)

Mi madre!... Con que son estas sus facciones?... (Besa el medallon.)

LUIS. (Aparte y sin ver á Ricardo.)

Deshonrado el Conde, mi segundo padre!...

RICARDO. (Aparte.)

Mi madre envilecida por Fuensalta, y mi padre muerto de sentimiento!...

LUIS. (Lo mismo.)

El, á quien tanto debo, verse por mi causa en tal aliccion!...

RICARDO. (Aparte.)

Soy huérfano, por su infamia, ha manciillado mi nombre, y

ayer me echó de su casa!... (Volviéndose hácia el pasillo, en el que se ha quedado Ruperto.) Oh! sí: es preciso obedecer á ese hombre todavía. (Alto, acercándose á Luis.) Luis!

LUIS. (Levantando la cabeza.)

Ricardo!

RICARDO.

He oido tu conversacion con don Braulio.

LUIS.

Entonces sabes lo que me queda que hacer.

RICARDO.

Vengo á salvarte.

LUIS.

Tú?... Insensato!... (Señalando á la vela de la derecha, y levantándose.) Mira esa vela: antes de que se haya consumido del todo, habré dejado de existir.

RICARDO.

Disparate!... La muerte no sería más que cobardía: la fuga despues del crimen.

LUIS.

No: será el castigo despues de la confesion del delito. Todo lo diré, porque yo soy el que he dado ese documento, con completa ignorancia del Conde... la España lo sabrá, y...

RICARDO.

Un escándalo!... Piénsalo bien: el escándalo es como el fuégo, que lo que no devora, lo ennegrece.

LUIS.

Pretendes que no lograré remediar el mal, ni aun matándome?

RICARDO.

Viviendo es como podrás poner remedio. Has dicho que antes de que esa vela se haya consumido del todo, habrás dejado de existir. (Apaga la vela y la saca del candelero.) Pues bien: ya está apagada, y no es la muerte la que te trae, sino la tranquilidad.

LUIS.

No te entiendo.

RICARDO.

Sabes en dónde está el recibo?

LUIS

Lo sé.

RICARDO. Pues esta cera en tus manos puede hacértelo recobrar.

LUIS. Qué oigo!

RICARDO. Pura y dócil, recibirá la impresion del hierro y te presentará obedientes las puertas, las cerraduras, que has de vencer antes de que don Braulio haga salir al abrirlas la deshounra y la vergüenza.

LUIS. Jamás! jamás!... Pero no extraño que me des ese consejo infame: mi padre me ha dicho quien eres.

RICARDO. No, no se sabe quien soy; pero se sabrá pronto.

LUIS. Es eso una amenaza?

RICARDO. No á tí. Tú, víctima de ese banquero pérfido, deja que te salve Ricardo, el hombre sin apellido, Ricardo el aventurero, ó Ricardo el ladron, como tal vez me llamarán.

LUIS. Pero es un crimen lo que me propones... un crimen!

RICARDO. No: es una defensa legítima, es un medio para que aborte una conspiracion. No harás otra cosa que recobrar lo que vilmente te usurpan, y por lo tanto no cometes un crimen. Piensa, sobre todo, en que es al Conde á quien salvas.

LUIS. Al Conde!...

RICARDO. Elige entre eso y la infamia... entre eso y la muerte de tu protector; porque estoy seguro de que no sobrevivirá á su deshounra.

LUIS. Lo que dices es la verdad... Perdonadme, Dios mio!

(Ricardo le dá la cera, y él se vá por la puerta de la izquierda, atraviesa el pasillo y desaparece por la que hay enfrente. Ruperto, que se retira al fondo cuando atraviesa Luis el pasillo, entra en la sala luego que este se ha ido.)

## ESCENA V.

RUPERTO.—RICARDO.—Después LUIS.

RUPERTO.

Muy bien, Ricardo; pero ahora es preciso que me des los moldes en cera, que va á traer Luis, y yo me encargo de que se hagan las llaves por ellos. En cuanto á él, envíalo mañana á la noche á la taberna del Patrocinio, donde estuvisteis ayer.

RICARDO.

Bien. Conque podré volver terrible y vengativo á esa casa, de donde me han echado?

RUPERTO.

Has de ver á tus piés á Eladia y á su padre.

(Se retira al fondo, y Luis se presenta pálido, vacilante y con los moldes de cera en la mano.)

RICARDO. (Apoderándose de los moldes, y aparte.)

Me extremezco, y no sé si es de alegría ó de horror.

(Cae el telon.)

## CUADRO CUARTO.

---

### LOS DOS HERMANOS.

---

La misma decoracion del cuadro primero.—La escena está alumbrada por la luna.

---

### ESCENA PRIMERA.

LA LOCA, sola.

Me ha dicho que se llama Luis... quiero á ese Luis... Desde que le he visto, despide algunos rayos de pálida luz mi cerebro... Oigo una especie de voces lejanas, que murmullan nombres, que no puedo entender... Qué nombres son?.. Me inclino... escucho... Se me figura que voy á verlos aparecer en letras de fuego en el aire... en la oscuridad... mis lábios se agitan, como si fueran á pronunciarlos... como si fuera yo á vivir otra vez... No... son fantasmas... son visiones del sepulcro... nada más .. nada más... Hay momentos en que me parece que me vuelvo loca... Ah! quisiera ver de nuevo al que me ha dicho que se llama Luis... (Yéndose y llamando.) Luis!.. Luis!.. (Sube por la escalerilla.)

## ESCENA II.

El TIO GALÁPAGO.—La LAGARTA.—Luego TESTADURA.

GALÁPAGO.

(Saliendo de la taberna con su mujer y viendo á la Loca, que entra en la habitacion alta.)

Vamos, ya ha vuelto la Loca de su correria. Mejor fuera que en lugar de espiar lo que hacemos el maestro Ruperto y yo, cuidases de que esa pobre mujer no anduviera de noche por las orillas del rio, expuesta á caer en el agua.

LAGARTA:

No se trata ahora de la Loca. Te digo que aquí va á pasar algo, que quieres ocultarme. (Viendo que Testadura sale por el fondo y se detiene cerca de la puerta.) Qué hace allí Testadura?

GALÁPAGO.

Qué hace?... Ah! sin duda está esperando á que llegue la hora de cargar el falucho. No es verdad, Testadura?

TESTADURA....

Verdad.

GALÁPAGO. (A su mujer.)

Vamos, vete... vete, te digo, que el maestro Ruperto te puede ver, y no quiere que esta noche haya aquí más gente que la que ha de cargar el barco.

LAGARTA.

Tu maestro Ruperto nos ha de originar nuestra desgracia, como ya te lo tengo pronosticado. Antes de su vuelta ganabas tu vida honradamente, ó poco menos, contentándote con guardar lo que te traian, sin meterte en saber de donde venia; pero me parece que ahora quiere ese hombre que trabajes... como se trabaja para ir á presidio, ó al palo... y de fiado, siempre al fiado, que es lo peor.

GALÁPAGO.

Acabaste?

LAGARTA.

Acabé.

GALÁPAGO. (Empujandola hácia la taberna.)

Pues lárgate.

LAGARTA.

Sí, empújame, empújame, tonto, que no sabes hasta donde te empujarán á tí. (Entra gruñendo en la taberna.)

### ESCENA III.

EL TIO GALÁPAGO—TESTADURA.

GALÁPAGO.  
Demonio de mujer!..

TESTADURA. (Adelantándose.)  
Parece que la anguila no quiere morder el anzuelo.

GALÁPAGO.  
Siempre se ha de meter en lo que no le importa, como todas... Has venido con tu lancha?

TESTADURA. (Señalando al fondo.)  
Ahí la tengo, atada en el sauce.

GALÁPAGO.  
Ya sabes que cuando el otro caiga en el agua, has de estar preparado para ayudarle...

TESTADURA.  
A salir?

GALÁPAGO.  
Dejémonos de bromas intempestivas... Eres el mejor buzo del Guadalquivir...

TESTADURA.  
Sí... eh?... Pero á fuerza de mojarse uno, cria moho... Además: estoy resfriado esta noche.

GALÁPAGO.  
No tienes ya ambición, Testadura?

TESTADURA.  
Ambición?... Sí tal: quisiera tejar mi barraca, mi casa, como yo la llamo, y hacerle otras mejoras.

GALÁPAGO.  
Pues entonces...

TESTADURA.  
Si se tratase de salvar á un hombre, no habia que hablar, pues lo haria para ganar lo que pagan por sacar del agua á uno que se ahoga; pero como es todo lo contrario...

GALÁPAGO.

Estás en un error... Figúrate tú que es un hijo de familia, que tiene grandes pesares y cuyos negocios van mal.

TESTADURA.

A quién no le sucede lo mismo en estos tiempos calamitosos?.. Malditos negocios!... Pero por qué se ha metido en ellos?

GALÁPAGO.

Por qué?... Porque se ha metido... y de cabeza.

TESTADURA.

Vamos, comprendo: quiere...

GALÁPAGO.

- Acabar de una vez.

TESTADURA.

Pobre muchacho!

GALÁPAGO.

Pero los jóvenes suelen carecer de valor para ciertas cosas... y estando tú allí... para ayudarle... á tener un poco... le salvas... de la deshonra.

TESTADURA.

Ya!

GALÁPAGO.

Y salvarle de la deshonra... es salvarle.

TESTADURA. (Aparte.)

No deja de tener ingenio el tío Galápago.

GALÁPAGO.

Si haces en regla lo que te digo, mañana podrás comprar una casa.

TESTADURA.

Una casa verdadera?

GALÁPAGO.

Una casa verdadera.

TESTADURA.

Que pague contribucion?

GALÁPAGO.

Sí.

TESTADURA.

Y con vecinos?

GALÁPAGO.

Con vecinos.

## TESTADURA.

Me dejo seducir. (Dándole la mano.) Es trato acabado.

GALÁPAGO. (Aparte.)  
Ya es mio. (Alto.) Voy á esperar á nuestro sujeto en la taberna. (Váse.)

## ESCENA IV.

TESTADURA, solo.—Luego MALPELO.

Me cumplirá su promesa?... No lo dudo, porque de lo contrario sabe que lo habia de pasar mal... Pues señor, voy á ser propietario... propietario, no de una choza, como lo soy ahora, sino de una casa, de una casa de cal y canto. El deseo de toda mi vida se va á realizar por fin... Alguien se acerca por la parte del rio... (Viendo á Malpelo, que sale por la puerta del fondo.) Es Malpelo.

MALPELO.

Parece que se cavila, Testadura. Sale la cuenta?

TESTADURA.

A qué vienes?... Siempre te has de encontrar en todas partes!

MALPELO.

Justo: en todas partes. Voy, vengo, escucho detrás de las puertas, me encaramo por las paredes, miro por las ventanas entreabiertas, y de esta manera averiguo más cosas de lo que algunos quisieran.

TESTADURA.

Mucho sabes para lo niño que eres; pero siempre he oido decir que los vichos tan agudos y adelantados como tú, tienen poca vida.

MALPELO.

Por temor á eso me doy prisa á aprender, y tan pronto como sé una cosa, la canto.

TESTADURA.

Canta, pues: qué hay de nuevo?

MALPELO. (Señalando á la puerta del corredor.)

Usted, que está aquí de acecho, me podrá decir por qué sale tanta claridad por las rendijas de esa puerta?

TESTADURA.

Eh?

MALPELO.

Por qué el hermoso Cupido no ha asistido á la cena, que hemos tenido esta noche en la taberna del tío Galápagos?

TESTADURA.

Qué se yo!

MALPELO.

Por qué está encendida hace largo rato la fragua de arriba, y no cesan de forjar, limar y darle al fuelle?

TESTADURA.

Qué te importa? (Se dirige al fondo.)

MALPELO. (Aparte.)

Don Futraque no se fia de mí; pero peor cuenta ha de salirle.

TESTADURA. (Volviendo.)

Qué quieres darme á entender con tus preguntas?

MALPELO.

Si se lo digo á usted, sabrá tanto como yo.

TESTADURA.

Ya! es un secreto?... Cuánto quieres por él?

MALPELO.

Yo no me vendo, como usted.

TESTADURA.

Eh?

MALPELO.

Lo dicho. Buen sueño ha de tener usted esta noche, para dormir despues de lo que vá á hacer.

TESTADURA.

Nada malo. Ayudaré á cargar el falucho.

MALPELO.

A que no?

TESTADURA.

A que sí?

MALPELO. (Mirándole con descaro.)

A que no?

TESTADURA. (Apartando la vista turbado.)

Ya ves... hay que ganar la vida...

MALPELO.

Bah!.. (Tocándole con un dedo en la frente.) Tiene usted esto vacío.

TESTADURA.

Que lo tengo vacío?

MALPELO.

Sí. Ha robado usted toda su vida, ha hecho muchas cosas malas; pero sé que hasta ahora no ha asesinado á nadie, y cuando dentro de un rato haya usted ahogado á un pobre jóven, que ningun daño le ha hecho, no volverá usted á gozar un solo instante de sosiego, porque la voz de la conciencia no calla nunca.

TESTADURA. (Aparte.)

Este muchacho habla como un libro!.. Tiene más ingenio aun que el tío Galápago.

MALPELO.

Gente viene.

TESTADURA. (Mirando por la puerta de la taberna.)

Son dos señoritos y el tabernero.

MALPELO.

Pues vámonos á fuera, que tengo que hablarle á usted.

TESTADURA.

Pero si nos vé juntos don Futraque, como tú le llamas...

MALPELO.

No nos verá, que me interesa ocultarme.

TESTADURA.

Haces de mí lo que quieres.

(Váanse los dos por el fondo.)

## ESCENA V.

RICARDO.—LUIS.—EL TIO GALAPAGO.—Después

RUPERTO.

LUIS. (Saliendo muy agitado.)

La noche avanza, y es preciso acabar...

RICARDO.

En dónde está él?

GALÁPAGO.

Yo creo...

RICARDO.

Necesito verle.

RUPERTO. (Saliendo por la puerta baja de la derecha.)

Aquí estoy.

RICARDO.

Ah! (A Luis, que vá á hablar.) Luis, este hombre tiene que darme ciertas noticias, y al momento soy contigo.

GALÁPAGO. (Señalando á Luis.) Si este caballero quiere subir, yo le guiaré.

RUPERTO.

Sí: mejor es que espere arriba.

LUIS.

Pues vamos.

(Se va por la derecha con el tío Galápago, y luego que desaparecen, Ruperto cierra las dos puertas bajas laterales y se mete las llaves en el bolsillo.)

RUPERTO.

Tú aquí!.. A qué has venido?

RICARDO.

Porque tengo que hablarle á usted.

RUPERTO.

Es inútil tu presencia en este sitio. Todo vá bien, perfectamente: Don Braulio asiste á un baile esta noche; en su casa de campo no ha quedado más gente que un criado ó dos, y dentro de un par de horas tendremos en nuestro poder el recibo.

RICARDO.

Y para qué le servirá á usted? No puede justificar Luis con una palabra al Conde?

RUPERTO.

Pero no hablará: he tomado mis medidas para impedirlo. Pierde cuidado, que te vengarás, segun te prometí anoche. Repito que has hecho mal en venir á sorprenderme aquí, donde no te esperaba. Vamos, vete, vete.

RICARDO.

Le digo á usted que tengo que hablarle.

RUPERTO. (Aparte.)

Qué génio fatal me le ha enviado?

(En este momento se vé á Malpelo, que aparece en lo alto de la tapia sin hacer ruido, y del mismo modo escala el corredor y desaparece por la puerta de este.)

RICARDO.

Dice usted que me vengaré; pero qué va á ser de Luis?... Estoy seguro de que la desgracia, la deshonra de su protector, causará su muerte.

RUPERTO.

Me admiran tus palabras.

RICARDO.

De improviso ha introducido usted en mi existencia el ódio y la cólera, y para ello se ha valido usted del instante en que la afrenta sufrida me estremecía aun de vergüenza, haciéndome concebir monstruosos pensamientos y asociándome á sus proyectos; pero he reflexionado con más calma, y retrocedo... olvidado... Seria infame triunfar al precio que usted me propone.

RUPERTO.

Con más infamia han obrado otros, Ricardo: el que para envilecerla separó á tu madre de tu cuna; el que fué causa de que tu padre...

RICARDO.

Y quién me asegura que si sufrieron penas, no hubo faltas por su parte?.. Hábleme usted de misericordia y olvido, y no de venganza.

RUPERTO.

Y quieres que Luis?...

RICARDO.

Halle remedio al mal. Voy...

RUPERTO.

A dónde?

RICARDO.

A reunirme con él.

RUPERTO.

Que quien cometió la falta, la repare solo. No seas por más tiempo su cómplice.

RICARDO.

No le abandonaré.

RUPERTO.

Créeme, Ricardo: no debes estar aquí. Vete.

RICARDO.

Lo haré con Luis, llevando este en sus manos las llaves que pueden hacer que recobre su honor.

RUPERTO. (Con cólera.)

No! me niego á entregárselas.

RICARDO.

Y yo me decido á perderle á usted.

RUPERTO.

Perderme tú, hijo mio!

RICARDO.

Qué oigo!

RUPERTO.

Perderme mi hijó adoptivo?

RICARDO.

Tan cierto como existo. (Se dirige á la puerta de la derecha.)

RUPERTO. (Aparte.)

Será que empieza la venganza del cielo?

RICARDO.

Abra usted esta puerta.

RUPERTO.

No subirás!... Aquí mando yo, y habrás de obedecerme! La venganza, que dejas escapar, me apodero de ella, y mientras se enfria tu encono, el mio, largo tiempo escondido, se descubre y se lanza, terrible como el rayo, implacable como el destino!

RICARDO.

Con que me hacías traición, miserable!

RUPERTO.

Por última vez: retírate!

RICARDO. (Gritando.)

Luis!... Luis!... En dónde estás, Luis?

RUPERTO. (Gritando también.)

Aquí todo el mundo!

(Varios rateros salen por la puerta del fondo, y al mismo tiempo otros dos y el tío Galápago, siguiendo á Luis, lo hacen por la del corredor.)

## ESCENA VI.

RUPERTO.—RICARDO.—LUIS.—EL TIO GALÁPAGO.—Rateros.  
Despues la LOCA.—Ultimamente MALPELO.

LUIS. (Asomándose al corredor.)

Me llamas, Ricardo?

RICARDO.

Ven!... Huyamos, que hay peligro!

RUPERTO.

Silencio!... (A los rateros.) Apoderaos de él.

(Los rateros le sujetan.)

LUIS. (A Ricardo.)

Corro en tu auxilio.

(El tío Galápago y los otros dos hombres le impiden penetrar por la puerta.)

RUPERTO.

Acabad los de arriba!

RICARDO. (Procurando desasirse.)

Socorro!... Luis vá á morir!...

LOCA. (Presentándose en el último escalon de la escalerilla.)

Luis!... Luis vá á morir!...

RUPERTO. (Al tío Galápago y á los otros dos.)

Vamos!...

(El tío Galápago y los dos rateros arrastran á Luis hasta dar vuelta al corredor, y se oye el ruido de un cuerpo, que cae en el agua.)

LOCA. Ah!... es él!... en el agua!!... en el agua!... (Baja corriendo.)

RUPERTO. (Aparte.)

Ella aquí!...

LOCA. (Viendo á Ruperto.)

Tú!... eres tú!... (A los rateros.) Manos que matais, no detengáis á la mano que salva!

(Los rateros retroceden un paso, y Ricardo se escapa, corre al río y se precipita en el agua. En el mismo momento se vé á Testadura, que pasa en su lancha por delante de la puerta y sigue la corriente, en busca de Luis.)

RUPERTO. (A los rateros.)

Está loca.

LOCA. (A Ruperto.)

Asesino!

(Los rateros hacen un movimiento hácia ella, que los detiene con su ademán.)

MALPELO.

(Descoligándose desde el corredor á la tápia, y sonando las llaves, que trae en la mano.)

Atrapé las llaves! (Se desliza por la parte exterior de la tápia.)

(Cae el telon.)

## CUADRO QUINTO.

### LA BARRACA.

Sitio de la orilla izquierda del Guadalquivir, un poco más arriba del puente de barcas. A la izquierda, ocupando la tercera parte de la escena, una barraca formada con pedazos de tablas, ladrillos, piedras, ramas secas, etc. cuyo interior está á la vista del espectador, y en el que hay una mesilla con un belon, dos ó tres banquillos de madera, y redes de pesca puestas á secar; puerta á la derecha, y ventana en el fondo. A la derecha del escenario, árboles y matas; que ocupan tambien una parte del foro, por el que pasa el rio, viéndose en la orilla opuesta las casas de Triana. Tambien hay á la derecha una piedra grande. La claridad de la luna penetra con trabajo por entre nubes tempestuosas, que de vez en cuando despiden relámpagos; mas no se oyen truenos.

### ESCENA PRIMERA.

TESTADURA, solo.

(Al levantarse el telon se le vé abrir la barraca y entrar en ella.)

Caramba, que estoy tiritando!... Pero no es de extrañar, con el baño que me he dado vestido... y, ademas, estas noches de fines de Agosto son ya frias. (Saca del cajon de la mesa lo necesario para obtener luz, enciende el belon y se sienta.) Pues señor, me he lucido en la aventura! Está visto que en el mundo no se pueden tener buenas intenciones... Yo, que iba á salvarle, no como lo entiende el

tio Galápagos, sino real y verdaderamente!... Hagamos reflexiones sobre lo sucedido..... Cuando ví que el jovencillo cayó al agua, me dirijí á él con la lancha, gritándole: nada... no te hundas, que aquí hay un amigo!... De pronto siento que la lancha se la-dea... toco una cabeza... una mano me agarra por el cuello... y tris! tras!... me dan por sorpresa una cachetina de las mejores... Trato de pagar en la misma moneda; se arma la lucha, y no paró hasta que caí en el agua liado con... qué sé yo con quien!... es decir, lo sabré quizás, porque se me ha quedado en la mano esta cosa, que le colgaba del cuello á mi contrario incógnito. (Saca el medallon que le dió Ruperto á Ricardo.) Veamos lo que es. (Se acerca á la luz.) Calla!... me parece que son retratos.

## ESCENA II.

DICHOS.—La LOCA.

LOCA. (Dentro.)

Luis!... (Saliendo por la derecha.) Luis!...

TESTADURA.

Quién anda ahí?

LOCA. (Entrando en la barraca.)

Luis!...

TESTADURA. (Aparte.)

Ah! es la Loca del Guadalquivir. Extraño que venga á la orilla izquierda del rio, pues rara vez se atreve á pasar el puente.

LOCA.

No está aquí. (Abre la ventana y se asoma á ella.)

TESTADURA.

Qué busca usted con la vista?... A la luna?... Está escondida... Ya se asomará despues.

LOCA.

Dónde estará?

TESTADURA.

No digo que se ha escondido?... Puede que se haya ido á acostar.

LOCA.

Agua sombría, ocultas á Luis?

TESTADURA. (Aparte.)

Qué está diciendo?

LOCA. (Apartándose de la ventana.)

Por qué la idea de que ha muerto me hace padecer?.. No he muerto también yo?..

(Trueno lejano.)

TESTADURA. (Aparte.)

Quando hay revolucion por allá arriba, la cabeza de esta gente se pone peor. (Alto.) Mire usted que vá á llover: por qué no se va usted á su casa?

LOCA. (Acercándose á Testadura.)

En dónde está Luis?

TESTADURA.

Prefiere usted pasar el resto de la noche en la mía?

LOCA.

Has sido tú uno de los asesinos?

TESTADURA.

Calle usted!.. Esas cosas no se dicen.

LOCA.

Sí: tú eres uno de los que le han matado.

TESTADURA.

Cómo se entiende!.. A quién he matado yo?.. (Aparte.) Qué bestia soy!.. pues no voy á enfadarme con una lunática!.. (Alto.) Espere usted aquí á que pase la tormenta, y en seguida la llevaré á su casa.

LOCA.

No: quiero buscar á Luis.

TESTADURA:

Pues le buscaremos dentro de un rato... (La Loca hace un movimiento de impaciencia.) No, no: al instante... (Aparte.) La semana que viene.

LOCA.

Me voy, me voy.

TESTADURA. (Aparte.)

Cómo haré para que se espere hasta que pase la nube?.. Ah! ya sé... (Alto, enseñándole el medallon.) Mire usted, mire usted qué cosa tan bonita... con estampitas... doradito al rededor... (Le pasa al cuello la cinta del medallon.) Tome usted, téngalo usted puesto un ratito; pero no lo pierda, que esto debe valer mucho dinero.

(Haciéndola sentar junto á la mesa.) Siéntese usted aquí, al lado de la luz, mientras Testadura vá á ver si está cerca algun compañero. (Sale de la barraca.) Veamos qué ocurre. (Silba con fuerza tres veces, luego escucha. Momento de silencio.) Nadie responde!.. Se habrán muerto todos?.. (Viendo á la luz de un relámpago á Ricardo entre las matas de junto al río.) Hola! allí hay un hombre tendido!.. Será el chico, ó será el otro?.. (Acercándose y apartando una retama.) Amigo!.. amigo!.. Qué poco le gusta hablar!.. (Mencándole.) Amigo!.. Vaya, no hay más que hacer sino dar parte á la autoridad!

LOCA. (Examinando el medallon.)

Un retrato de mujer... jóven y hermosa... (Mirándole por el otro lado.) Otro retrato...

(Se oyen dentro tres silbidos.)

TESTADURA.

Es Malpelo, y debe estar en el puente. Voy á enviarle á que dé parte del encuentro de ese ahogado, diciendo que le hemos sacado nosotros del agua, porque no me hace maldita la gracia hablar con la justicia, y conviene no perder el conquis que dan en estos casos. (Váse por la derecha.)

### ESCENA III.

La LOCA.—RICARDO.

RICARDO. (Volviendo en sí y procurando levantarse.)

Aire!... aire!... (Logra llegar arrastrándose hasta la piedra, y se sienta en ella.)

LOCA. (Abriendo el medallon.)

Un papel!... (Le saca, le abre y lee.) «Amada Rita: otra mala noticia.»

RICARDO.

Ah! respiro!... respiro por fin!...

LOCA. (Leyendo.)

«Creo prudente que salgas de ella sin pérdida de tiempo con nuestro Luis...»

RICARDO.

En dónde estoy, Dios mio?

LOCA. (Leyendo.)

«El que ya no puede ser tu amante; pero que será tu amigo

hasta la muerte.»—Jaime de Fuensalta. (Representando.) Rita! Luis! Jaime de Fuensalta!.. Hé aquí estos nombres tan queridos!... Los leo! los pronuncio!.. Dios mio!.. esta carta... estos retratos... (Se levanta fuera de sí y sale de la barraca.) Quién me ha dado estos objetos?... Dónde está el que me los entregó?

Socorro! socorro!...

LOCA. (Viéndole á la luz de un relámpago.)

Ah! no es Luis!... (Mirándole muy de cerca.) Le conozco... le he visto... allí... (Señala á las casas de Triana.) hace poco... Estaba con él, ó contra él?... No me acuerdo.

RICARDO.

Al tocar la orilla me han abandonado las fuerzas, y he caído en tierra desmayado... pero ya respiro... ya respiro bien... (Fijando la vista en la Loca, que está inclinada sobre él.) Ah! usted aquí! no es usted la que he visto cuando tiraron al agua á Luis?

LOCA.

Te he preguntado si estabas con él, ó contra él.

(Otro relámpago los envuelve con su luz.)

RICARDO. (Aparte.)

Esta vision otra vez!... Esta semejanza, que ya me ha admirado antes!.. Son las mismas facciones que las del retrato!.. (Buscando el medallon en su pecho.) En dónde está?.. (Viendolo pendiente del cuello de la Loca.) Ah! es ese... Sí: ese es mi medallon. (Se levanta.)

LOCA. (Señalando al medallon.)

Es esto lo que buscas?

RICARDO.

Sí. Cómo lo tiene usted?

LOCA.

Porque es mi retrato.

RICARDO.

(Aparte.) Qué dice, Dios mio? (Alto y mirándola.) Quién es usted?... Cómo se llama usted?

LOCA.

Me llamo la Loca del Guadalquivir.

RICARDO.

Pero otro nombre tendrá usted.

LOCA.

Sí: otro nombre tenia cuando estaba viva...

RICARDO.

Y cuál es?

LOCA.

Cuál es!... Espera... Hace poco que le he leído... que le he pronunciado... Es... es... (Se vé en el juego de su fisonomía que la primera luz de una razón, que renace, lucha con las últimas sombras de la demencia. Por fin exhala un grito y dice su nombre.) Es Rita!... (Repitiéndolo con inefable dicha.) Rita! Rita! Rita!

RICARDO. (Aparte.)

Cielos!... (Alto.) Ha sido usted esposa de un tal don Alfonso del Valle?

RITA. (Con horror.)

No le nombres!

RICARDO.

Responda usted por piedad!... Ha sido usted su esposa?

RITA.

Sí.

RICARDO.

Conque es cierto, Dios de bondad?... Míreme usted... es usted mi madre!

LOCA.

Yo tu madre!... (Rechazándole.) No! tú no eres Luis!

RICARDO.

Luis!... Ah! qué rayo de luz!... No soy Luis; pero soy Ricardo, Ricardo... No se acuerda usted de Ricardo?

LOCA. (Mirándole.)

Ricardo! Ricardo!... Otro nombre querido! otro eco de mi alma!.. otra porción de mí misma, que sale también del sepulcro!

RICARDO.

Madre mía!

LOCA. (Con explosión.)

Mi hijo!... Conque eres Ricardo?... Oh! déjame que te mire!.. Bendito seas, Dios mío! Oh! ahora me acuerdo de todo. Siento! pienso! lloro! resucito! mi corazón se despierta!... Ricardo, ven á mis brazos!

RICARDO. (Abrazándola.)

Madre del alma!

LOCA. (Separándole.)

Y Luis?... Qué has hecho de Luis?... Porque no te llamas so-

lo Ricardo, sino Ricardo del Valle... Valle, como el otro!... Te he visto, te he hablado allí... (Señalando á donde antes.) allí estabas... Cain, qué has hecho de tu hermano?

RICARDO.

Mi hermano!... Conque es mi hermano?... Madre mia, acuértese usted de mis gritos, de mi desesperacion... El cielo me guiaba, madre... Acuértese usted de que he querido morir por salvarle.

LOCA. (Con un grito de alegría.)

Sí!... Os doy gracias, Ser Supremo!... los habeis reunido, y se han amado!... Gracias á tí tambien, Ricardo mio, que le has protegido!.. En dónde está?... Es mi hijo, y desde el seno de las tinieblas en que yacia mi alma, se despertaba un instante para decírmelo... Le has salvado: no es verdad?... (Pausa corta.) Guarda silencio!... Luis ha muerto!

(Vuelve á alumbrar la luna.)

#### ESCENA IV.

DICHOS.—MALPELO.—Despues TESTADURA.

MALPELO. (Saliendo por la derecha.)

Quién ha muerto?... el más pequeño?... el amigo del más alto?... (Viendo á Ricardo.) el amigo del señor?... Vaya!... Como no haya dejado de correr, no estará cerca.

LOCA.

Vive! vive!

MALPELO.

Y tanto como vive!... Ha tomado tierra con ayuda mia algunas varas más abajo del punto en que lo tiraron. (Llevándose aparte á Ricardo.) Le he entregado el nido.

RICARDO.

Cómo?

MALPELO.

Las llaves... y tambien una linterna, que me ha pedido. Me ha ofrecido todo el dinero que llevaba encima, y yo lo he aceptado, por no desairarle.

RICARDO.

Pero, dónde está?

MALPELO.

Ha salido á escape rio arriba, como quien vá á la Algaba. Cuando don Futraque lo ha sabido, se ha puesto hecho una furia, y ha tomado trás él, con el tio Galápago, cual un perro rabioso. Pero, dónde está Testadura? (Se retira al fondo.)

RICARDO. (Aparte.)

Le ha seguido ese hombre!!! No debo perder un instante... Por fortuna mi casa está muy cerca, y corro á ella en busca de armas y de un caballo. (Alto, acercándose á la Loca.) Madre mia, Luis está en peligro!

LOCA.

En peligro! . . (Levándosele.) Ven! ven!

RICARDO.

Vamos, señora, y mientras le salvo, usted rezará por sus hijos.

(La Loca y Ricardo se van corriendo por detrás de la barraca.)

TESTADURA. (Saliendo por la derecha y viendo irse á Ricardo.)

Mira, mira Malpelo! ¡yaya un paso que lleva el ahogado!... Hombre, eso es robarnos la plata, que íbamos á tomar por su cuerpo!

(Cae el telon.)

CUADRO SEXTO.

LAS LLAVES FALSAS.

La misma decoracion del cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.—RIVERA.—Un CRIADO.

RIVERA. (Con desagrado.)

Conque no podremos echarle esta noche la vista encima al tal Don Braulio?

CRIADO.

No dudo que venga al acabarse el baile.

RIVERA.

Está usted seguro de eso?

CRIADO.

Yo le espero, porque así lo dijo al marcharse.

RIVERA. (Señalando al Conde.)

Conoce usted al señor?

CRIADO.

Seguramente. Es el señor conde de Fuensalta.

CONDE.

Que necesita ver á su amo de usted para un negocio grave, urgente; y como dice usted que ha de venir, voy á esperarle.

CRIADO.

V. E. puede hacer lo que guste.

RIVERA.

Pues aquí le aguardaremos.

(El criado saluda y se vá por el fondo.)

## ESCENA II.

EL CONDE.—RIVERA.

CONDE.

Parece imposible que no hayamos podido encontrarle desde esta tarde, ni en Sevilla, ni aquí, en su casa de campo, donde venimos ahora por segunda vez, y es tal mi impaciencia...

RIVERA.

Calma, mi general, calma, que poco tardaremos ya en salir de dudas, pues ese tuno de Don Braulio tendrá que explicarnos sus manejos, quiera ó no quiera.

CONDE. (Sentándose.)

No puedes figurarte con la especie de hombres que tengo que luchar. Ya el diario de hoy anuncia como indudable mi renuncia á la candidatura, y esta tarde han corrido voces por Sevilla respecto á mí, apoyadas en algunas palabras de Don Braulio, que me tienen verdaderamente alarmado.

RIVERA. Política maldecida!

CONDE.

Todo debo temerlo de mis contrarios, y veo que se proponen hacerme ceder, en cuyo caso es porque disponen de armas terribles. Te aseguro que necesito recordar mi vida sin mancha alguna y mis actos de abnegacion y amor pátrio, prodigados á mi país, para hacerme superior á ciertos vagos temores.

RIVERA.

Chist!... Me parece que he oído pasos cerca.

CONDE.

No creo...

(Luis ha subido en silencio por la escalerilla del fondo con una linterna en la mano, se ha adelantado por el pasillo, ha abierto la puerta de la izquierda de este, y desaparece por ella.)

RIVERA.

Qué ruido es ese?

CONDE.

Con efecto: me parece que han abierto ó cerrado una puerta próxima. Será el criado.

RIVERA.

El criado no, porque acaba de irse por ahí, (Señalando al fondo.) y el ruido viene de aquí. (Señala á la izquierda.)

CONDE.

Han de ser ladrones?

RIVERA.

No sería imposible, pues si saben que se ha quedado solo ese muchacho en esta casa de campo solitaria... Será que Don Braulio, prevenido de que le estamos esperando, querrá entrar sin que le sintamos?

CONDE.

No es posible.

RIVERA.

Pues yo he de verlo. (Abre la puerta del pasillo y mira por ella.) Qué oscuro está esto!... Allí hay una escalera, y aquí enfrente veo una puerta entreabierta, por la que sale un rayo de luz... No hay duda en que es el banquero el que ha entrado, y no ha de escapársenos, voto al diablo! (Atraviesa el pasillo y se vá por la izquierda.)

### ESCENA III.

El CONDE.—RIVERA.—LUIS.

CONDE.

No oigo ya nada.

LUIS. (Dentro.)

Ah!

CONDE.

Un grito! (Corre á la puerta de la izquierda.)

RIVERA. (Trayendo á Luis de un brazo á la sala, donde le conoce.)

Eres tú!

CONDE.

Luis!

RIVERA.

Qué has venido á hacer aquí?... Qué has tomado del cajon de aquella mesa? (Se apodera de un papel, que Luis tiene en la mano.)

Estás pálido y trémulo, Luis... Cómo te encontramos en esta casa extraña á deshora de la noche, y has subido por una escalera escusada?

RIVERA.

Y cómo le he visto yo registrar un cajon y apoderarse de esto?

(Le dá el papel al Conde.)

LUIS. (Aparte y fuera de sí.)

Estoy perdido!

CONDE. (Con la vista en el papel.)

Qué veo! Un recibo tuyo en mi nombre!

RIVERA.

Un recibo!

CONDE. (Dándole el papel.)

Toma y lee.

RIVERA. (Leyendo.)

«He recibido del señor Don Braulio Mendoza la cantidad de doscientos mil reales vellon, por cuenta y á nombre del señor conde de Fuensalta...» (Representando.) Es posible que no esté soñando?

CONDE.

Qué horrorosa trama es esta?

RIVERA.

Sabias tú que este documento se hallaba en manos de don Braulio, y te has introducido en su casa furtivamente para apoderarte de él?

LUIS.

Si señor: queria salvar el honor del señor Conde.

CONDE. (Con altivez.)

Mi honor no necesita salvadores.

RIVERA.

Pero había usted autorizado á Luis para?...

CONDE.

Y tú me lo preguntas, Rivera!...

RIVERA.

Es verdad... Soy un necio... Pierdo la cabeza... Perdona usted, mi general.

CONDE.

Sí; pero lo que has creído por un instante, lo cree, ó finje creerlo, toda la banda de Don Braulio, y lo estiende ya sin duda por la ciudad... Dios mío! ya sé lo que ignoraba: en esto se fundan las hablillas de hoy; en esto se ha apoyado el periódico, que al acusarme mañana, publicará el documento.

LUIS.

No lo hará, porque yo voy á destruirlo. (A Rivera.) Démelo usted.

CONDE.

No lo consiento. Ah! comprendo: quiere usted que desaparezca un crimen, cometiendo otro crimen... Se introduce usted aquí como un ladrón, y me propone ser su cómplice!

LUIS.

Le juro á usted...

CONDE.

Basta!.. Una palabra, y no más. No quiero creer que ha escrito usted esos renglones, sino que es un documento falso. Conoce usted al autor de ese infame escrito?

## ESCENA IV.

DICHOS.—RUPERTO.—El tío GALÁPAGO.

RUPERTO. (Que aparece en lo alto de la escalera, seguido del tío Galápago.)  
Todas las puertas abiertas... Luis está aquí... Y el criado?

GALÁPAGO.

En seguridad!

RUPERTO.

Pues la casa es nuestra.

CONDE.

Calla usted?

RIVERA.

Responde.

RUPERTO. (Alzando el tapiz de la puerta de la sala.)

Silencio, que hay aquí gente!

LUIS.

Por Dios, no me pregunten ustedes!

RUPERTO.

El Conde y Rivera!

RIVERA.

Es decir, miserable, que sabes quién lo ha escrito!

RUPERTO.

Maldicion! El recibo está en sus manos!

GALÁPAGO.

Por vida de!..

CONDE. (Más tranquilo.)

Contesta, Luis. Es preciso que sepa... Tienes alguna sospecha, algun indicio?.. Habla por Dios!.. Dime quién se ha atrevido á abusar de tal manera de mi nombre.

LUIS.

Perdon! perdon!.. yo he sido!

CONDE. (Cayendo en una silla.)

Oh!

RIVERA.

No puedo creerlo... No es verdad que has mentido, Luis?.. Esto encierra un misterio, que no quieres descubrirnos... Tal vez algun amigo tuyo... Sacrificio insensato!.. Pero ello es que tú no has sido... No es cierto que no has sido tú?

LUIS.

Desgraciadamente sí, padre mio!

RIVERA.

No soy su padre de usted!...

CONDE.

Rivera!...

RIVERA. (Llevando á Luis junto al Conde.)

Mira al autor de tus dias en el hombre á quien has ofendido en lo más sagrado!... (Haciéndole arrodillar.) De rodillas á sus pies, miserable, de rodillas!

LUIS.

Él mi padre!... Oh! venga la muerte! la muerte!... Perdon! perdon, padre mio!

RUPERTO.

Los dos hombres están abajo?

Sí.

RUPERTO.

Que suban corriendo.

(El tío Galápago baja precipitadamente por la escalerilla.)

LUIS. (Arrodillado.)

Desgraciado de mí!... Pero le salvaré á usted... Todo lo diré, publicaré mi crimen... y despues...

CONDE.

Siempre habrá un infame!... Si no es el padre, será el hijo!

LUIS. (Levantándose con la violencia de la desesperacion.)

Pero el documento está en nuestras manos, y...

RUPERTO.

Maldicion!

CONDE.

Es esta la primera vez que se le propone al conde de Fuen-salta una accion cobarde. No habrá usted firmado ese escrito sin recibir la cantidad que expresa el mismo, y por lo tanto se le han comprado á usted, no es suyo. Vaya usted y colóquelo en donde lo tomó. (Consigno mismo.) Resignémonos. (Se desata la cinta de la cruz de San Hermenegildo, que lleva en un bjal.)

LUIS.

Obedezco.

(El tío Galápago sube la escalerilla con dos hombres.)

RIVERA.

(Deteniendo á Luis, que quiere tomarle el papel de la mano, y dirigiendo al Conde una mirada tímida y suplicante.)

Ni nací caballero, ni soy un héroe, sino un pobre soldado, y por lo tanto á mí me toca... (Hace un movimiento para rasgar el papel.)

RUPERTO.

Maldito! Vá á rasgarle!

CONDE. (Arrebatando el recibo á Rivera y dándoselo á Luis.)

Llévelo usted!

RUPERTO. (A los suyos.)

Preparados.

(Luis sale, y tan pronto como está en el pasillo, Ruperto le quita el papel de la mano, y los dos hombres le sujetan, le tapan la boca y se le llevan por la escalerilla.)

LUIS. (En el pasillo.)

Socorro!

RIVERA.

Qué es eso?

(Vá á salir precipitadamente, y encuentra en la puerta á Ruperto y al tío Galá-  
pago.)

ESCENA V.

EL CONDE.—RIVERA.—RUPERTO.—El tío GALÁPAGO.—

Después RICARDO.

RUPERTO.

Si dá usted un paso, si grita usted, Luis muere!

CONDE.

Qué hombres son estos?

GALÁPAGO (Colocándose detras de Ruperto.)

No conocemos ya á Blas, el antiguo jardinero de la señora de  
Valle?

CONDE.

La señora de Valle!...

RUPERTO.

Cuyo marido soy yo.

(El Conde hace un movimiento de repulsion.)

RIVERA.

Y no tener aquí un arma!...

RUPERTO.

Qué haria usted con ella, estando Luis en mi poder?

RIVERA. (Queriéndose lanzar sobre Ruperto.)

Miserable!...

CONDE. (Deteniéndole.)

Adivino!

RUPERTO.

Es muy natural que me haya prevenido con una buena ga-  
rantia.

RICARDO. (Levantando el tapiz de la puerta de la derecha, y aparte.)

Se me han adelantado; pero llego á tiempo.

CONDE. (A Ruperto.)

Olvidas, infame, que con una palabra puedo hacer que te  
prendan?

RUPERTO.

Y qué me importa?... Aun cuando dispusiese usted de todos los alguaciles de España, antes de que diesen un paso hácia mí, estaría cumplido lo que he mandado.

CONDE.

Habla. Qué quieres?... Sin duda dinero.

RUPERTO.

Soy más rico que usted.

CONDE.

Conque es la venganza la que te guia?

RUPERTO.

Sí, antiguo seductor. Ya verás... he inventado cosas sorprendentes; pero como no estamos aquí en parage apropósito para que te las diga, irás á saberlas á mi casa. (Movimiento del Conde.) Tranquilízate y nada temas por tus dias, porque tu vida me es ahora más preciosa que tu muerte. Soy actualmente Ruperto el bandido; pero con tu ayuda volveré á ser don Anselmo del Valle.

RICARDO.

(Que durante lo que precede ha sacado una pistola, la ha armado, se ha adelantado un paso, ha apuntado á Ruperto y va á hacer fuego, se detiene al oírle pronunciar á este su verdadero nombre, y deja escapar un grito ahogado.)

Ah!

RUPERTO.

El Valle de otras veces.

RICARDO. (Aparte.)

Es mi padre!

RUPERTO.

Hasta la vista, Conde. Pregunta en el Patrocinio por el maestro Ruperto. (Vase por el pasillo.)

RIVERA.

Y ¡le dejamos irse?

CONDE.

Rivera, tiene á Luis, tiene á mi hijo en rehenes!

GALÁPAGO.

Buenas noches, señores. (Vase.)

(Cae el telon.)

## CUADRO SÉTIMO.

### EL HUNDIMIENTO.

Interior de la casa de don Anselmo.— Habitación baja, en el mayor deterioro: las paredes, llenas de grietas, parece que van á desplomarse.— En el fondo, claraboya con hierros, que dá al rio, el que corre al pie de la casa.— Puertas laterales.— En el piso hay una trampa, que comunica con el sótano.— Mesa y escabel á la derecha, en primer término; encima de la mesa un belon encendido y un tintero con plumas.— Está terminando la noche..

### ESCENA PRIMERA.

#### DON ANSELMO.—EL CONDE.

ANSELMO. (Cerrando con llave la puerta de la izquierda.)

Nadie nos interrumpirá.

CONDE.

(Sentado delante de la mesa, alumbrando los vacilantes reflejos del belon su rostro pálido y alterado.)

Acabemos. Aquí me tiene usted tal como sin duda deseaba verme: he envejecido diez años en dos horas.

ANSELMO.

Sí, sí: en esas dos amargas horas me has pagado mis veintidos años de rencor y de recuerdos dolorosos.

CONDE.

Y qué le he hecho yo á usted, que merezca semejante suplicio?

ANSELMO.

Qué me has hecho?.. Te aborrezco todo lo que puede aborrecer un hombre á otro... Tanto como te amaba la que no tenia derecho para amar sino á mí.

CONDE.

Pobre Rita!.. Cuánto tiempo la he creído muerta!

ANSELMO.

Pero ya sabes que su cuerpo existe, aunque su razon huyó.

CONDE.

Concluyamos. A qué me ha hecho usted venir? Qué quiere usted? Qué pide usted? Qué necesita?

ANSELMO.

Nada, pues tengo á Luis, y me es igual que mi venganza se cebé en tí, ó en él. Tanto como te odio le odio, porque ella le dió á luz amándote... mientras que el otro!..

CONDE. (Levantándose y acercándose á él.)

Está bien. (Con esfuerzo.) Sé lo que quiere usted: vengo á ofrecerme en lugar suyo.

ANSELMO. (Saca el recibo y lo pone sobre la mesa.)

Luis quedará libre, si ahí, al lado de su firma, pone la suya el conde de Fuensalta.

CONDE.

Jamás! jamás!

ANSELMO.

En ese caso, guardo al jóven.

CONDE. (Poniendo la mano sobre el papel.)

Pero si desgarró, si aniquilo este escrito...

ANSELMO.

Su hijo de usted morirá.

CONDE.

Sabes que no estoy solo, que Rivera me ha acompañado, que puede registrar estos parages...

ANSELMO.

Puede sin duda; pero si llega hasta Luis, no encontrará sino un cadáver.

CONDE.

Muriendo él, te llevaré al cadalso.

ANSELMO.

Y con eso le volverás la vida á tu hijo?

CONDE.

Un hombre como tú debe tener apego á la existencia.

ANSELMO.

No tanto como á la venganza.

CONDE.

Dios mío!

ANSELMO.

Señor Conde, cinco minutos le concedo á usted para que resuelva; pasado este tiempo, dará fin nuestra entrevista.

CONDE.

O mi deshonra quedará consumada!

ANSELMO.

Su deshonra de usted? Para qué la quiero?.. Mi hijo Ricardo ama á Eladía, y no entra en mis miras casarle con la hija de un hombre envilecido; cuando puedo darle un suegro honrado. También á mí, vuelto á ser el brillante don Anselmo del Valle, me conviene ponerme al abrigo de su vida de usted sin mancha, y que continuando su poder de usted, me asegure la impunidad.

CONDE.

Usted conmigo!... en mi casa!..

ANSELMO.

Su casa de usted será mi asilo, señor Conde. (Sacando el reloj.) Van á dar las cuatro: es decir, va á amanecer.

CONDE.

Mi hijo! mi hijo!... No! es imposible!... Hay algun medio!... debe haberlo!... No puedo dejarle morir!... (Después de una pausa.) Y quién me asegura que me le devolverás?

ANSELMO.

Mi propio interés; porque una vez muerto, qué no haría usted conmigo? qué medio me quedaba para manejarle á usted á mi antojo, si ya todo en el mundo le sería á usted indiferente?

CONDE.

Pues bien: que muera! que muera!

ANSELMO. (Riendo.)  
Cobarde!

CONDE. (Consigno mismo.)

Tiene razon: qué haria yo en el mundo sin él?... (Alto, viendo que don Anselmo se dirige á la puerta de la izquierda.) Espera. Que vea yo á mi hijo, que pueda abrazarle, que me convenza de que aun existe... y despues resolveré.

ANSELMO. (Guardando el recibo.)  
Voy á enviártele, si me prometes bajo tu palabra de honor que no ha de fugarse.

CONDE.

Bajo mi palabra de honor te lo ofrezco.

ANSELMO.

Eso me basta, pues sé que jamás la has quebrantado. (Vase por la derecha.)

## ESCENA II.

EL CONDE.—RITA.—RICARDO.—RIVERA.

(El Conde va á sentarse junto á la mesa, apoya los codos en ella y oculta la cabeza entre las manos. Rita, Ricardo y Rivera salen por la izquierda.)

RICARDO. (Señalando al Conde.)  
Allí le tiene usted, madre.

RITA. (Acercándose al Conde y arrodillándose.)

Jaime! Jaime!...

CONDE. (Volviéndose.)

Rita! (se levanta y se descubre.)

RIVERA. (Al Conde.)

Ha recobrado toda su razon. (Aparte al mismo.) Mala señal!

RITA. (Al Conde, que procura levantarla.)

Déjame que llorc á los piés del que sufre por haberme amado... Bendigo á Dios, que ha permitido que al salir de la locura y antes de traspasar el dintel de una noche más profunda, haya venido á traerte estas lágrimas. Recíbelas, Jaime, que los ojos que las derraman van á cerrarse para siempre.

CONDE.

Resignémonos, Rita, pues nuestros amores fueron de los que

Dios no bendice, y era preciso que espáramos un día nuestra falta.

RITA.

Pero al menos que el castigo no se extienda á cabezas inocentes. (Haciendo que Ricardo se acerque al Conde.) Ricardo lleva un apellido detestado; pero es mi hijo: no le maldigas.

RICARDO.

No puedo matar á mi padre, señor Conde; pero mi vida es mia, y lejos de continuar sirviendo á punibles y odiosas venganzas, sabré morir, y morir digno de usted.

(El Conde le dá la mano.)

### ESCENA III.

DICHOS.—LUIS.

LUIS.

(Saliendo corriendo por la derecha y echándose en los brazos del Conde.) Padre mio!.. No nos quedemos en esta horrible casa... Salgamos, salgamos de aqui!

CONDE.

Vive! (Levantando los ojos al cielo.) Gracias, Dios mio! (Señalando á Rita.) Luis, antes de abandonar este parage, arrodillate delante de la que ves ahí.

LUIS. (Conociendo á Rita.)

Es la demente!

RITA.

Todo puedo decírselo, porque presiento que no le veré más. (Con voz ahogada y abrazándole con pasión.) Luis, soy tu madre!

RIVERA.

Huérfano desheredado, ha crecido sin conocer á usted; pero el viejo Rivera estaba en el mundo, y le ha amado mucho, señora.

(Luis le abraza.)

RITA. (Apretándole la mano.)

Gracias, gracias, amigo mio! (Viendo á Ricardo, que está apartado.) Ah! los dos, los dos sobre mi corazón! (Abraza á sus dos hijos á un tiempo.)

RIVERA.

Mi general, ha adelantado usted algo con el bandido?

CONDE.

Nada aun, pues para devolverme á Luis, me exige que mi firma aparezca en el recibo al lado de la de mi hijo.

RIVERA.

Infame!.. (Mirando por la puerta de la derecha.) Él se acerca con sus satélites.

RICARDO. (Vivamente.)

Madre, no la dejo á usted aquí.

RITA.

Sí: quiero quedarme. Quién sabe?.. Idos todos y dejadme en esta habitacion.

CONDE.

He prometido que Luis no se fugaría.

RITA.

Pues esperad en el patio á que os avise. Dios ha hecho un milagro devolviéndome la razon, y en nombre de Dios voy á hablar por última vez á ese hombre. Quizás el cielo me inspire!

RIVERA.

¡Cuanto se intente con el malvado, será en valde.

RITA.

Puede que no. (Hace señas á sus hijos de que confíen en el cielo, y dice á todos:) Idos, os lo ruego.

(Todos se van por la izquierda, menos Rita. Se oye dentro ruido de voces confusas, y á poco salen por la derecha Don Anselmo y su gente, con picos, barras de hierro, palancas y hachas de viento encendidas. Rita se retira al fondo, y tan pronto como ellos están en escena, váse por la derecha, sin que la vean.)

#### ESCENA IV.

DON ANSELMO.—El tío GALÁPAGO.—La LAGARTA.—

TESTADURA.—MALPELO.—Rateros.

ANSELMO. (Con fuerza.)  
 ¡Callad! Queríais penetrar aquí, y aquí estais.

LAGARTA. (A su marido.)

Vamos, habla.

GALÁPAGO. (Acercándose á don Anselmo con el sombrero en la mano.)

Señor Don Anselmo...

TESTADURA.

Ya es tiempo de que nos dé usted cuenta...

MALPELO. ¡Le voy á contar!

Y muy estrecha...

TESTADURA. ¡Muy estrecha!

De su conducta con nosotros.

GALÁPAGO.

El golpe se dió á pedir de boca, y tiene usted en su bolsillo, como quien dice, á un gran personaje.

LAGARTA. ¡Un gran personaje!

Que es objeto de mucho valor, unido á otros infinitos, adquiridos con nuestro trabajo. Y nosotros qué tenemos? qué es lo que nos deja usted?

TESTADURA.

Las migajas, si acaso.

MALPELO. ¡Migajas!

Nos dá á roer los huesos, cuando más.

ANSELMO. (Aparte.)

Ya los tengo! (Alto.) Con que me vende usted, señor Blas?

GALÁPAGO. (Confuso.)

Caramba!..

LAGARTA. (Acercándose á Don Anselmo.)

A lo que hacemos hoy llama usted venderle?

TESTADURA. ¡Venderle!

Es venderle pedir lo que es nuestro?

MALPELO. ¡Pedir!

No querer trabajar más de fiado?

LAGARTA. (A su marido.)

Acabarás de explicarte con él?

GALÁPAGO.

Si creerás que le tengo miedo?... (A Don Anselmo.) Nunca sabe uno á qué atenerse con usted. Por qué hasta hoy no se nos ha permitido entrar aquí á ninguno de los presentes?... Pues sabemos que en los sótanos de esta casucha, á los que se baja por ahí, (Señalando á la trampa.) que se está hundiendo y que no vale dos cuartos, hay más oro que en el Perú.

ANSELMO. ¡Oro!

Mientes!... (Murmullo entre los rateros.) Nada hay escondido en este edificio.

En la cueva no?

LAGARTA.

No.

ANSELMO.

Con verlo basta.

TESTADURA.

MALPELO.

Y con partir como buenos hermanos lo que se encuentre.

GALÁPAGO.

Manos á la obra.

TESTADURA. (Cogiendo la argolla de la trampa.)

Abro la trampa?

GALÁPAGO.

Si : aun cuando eso sea la caja de *Pandorga*.

(Testadura abre la trampa.)

LAGARTA.

Poco á poco : que no entre nadie hasta que lo hagamos todos.

MALPELO.

Eso es : las cosas en regla.

TODOS.

— Sí ! sí !

GALÁPAGO. (A Don Anselmo.)

Nos dice usted en donde tiene el gato encerrado?

ANSELMO.

Eres un estúpido bribon, que enviaré un día á donde mereces!

LAGARTA. (Colocándose entre su marido y Don Anselmo.)

Se atreve usted á amenazar á mi hombre?

GALÁPAGO.

Nosotros lo encontraremos. Abajo todos!

(La Lagarta y los ladrones van bajando.)

MALPELO. (Aparte, viéndolos bajar.)

Yo no entro en esa ratonera... no me fio de Don Futraque, que sabe Dios lo que tendrá ahí.

GALÁPAGO. (Con la mitad del cuerpo dentro.)

Muchacho, acecha desde afuera, que te se guardará tu parte.

MALPELO.

Bien, bien. (Aparte.) Si: prefiero el aire libre. (Vase corriendo por la derecha.)

GALÁPAGO. (Examinando la trampa.)

Ya, ya sabe lo que se hace! Ha puesto cerrojos por dentro.

TESTADURA. (Que sostiene la trampa.)

Para que nadie le estorbara cuando contaba las onzas.

GALÁPAGO. (Desapareciendo.)

Ejemplo, que debemos seguir.

TESTADURA. (Bajando.)

Es verdad: corramos los cerrojos. (Deja caer la trampa, y se oye el ruido que hacen los cerrojos al ser corridos.)

## ESCENA V.

DON ANSELMO.—Luego RITA.

ANSELMO. (En el proscenio, con los brazos cruzados.)

Los imbéciles corren los cerrojos, como si hubiera yo de interrumpirlos... Encontrareis un arca de hierro, no podreis forzar la cerradura, y hareis maniobrar los picos y las barras... Eso vá á suceder, y eso quiero... Sí... que destruyan la obra de mampostería en que el arca está empotrada. No sospechan que esta casa, viejísima y descuidada, carcomida en sus cimientos, que por todas partes se está desmoronando, solo espera un choque cualquiera para hundirse... Lo que ocurre lo habia previsto: la caja de hierro se halla vacía, y ella es el único apoyo que sostiene este ruinoso edificio... Cabad, arrancad piedras, y el maestro Ruperto se quedará sin cómplices... El rio, que baña las paredes, aprovechando la primer abertura que estas presenten, extenderá sobre vuestros cadáveres el silencio y el misterio de sus aguas.

RITA.

(Que ha salido, y despues de permanecer algunos momentos en el fondo, escuchando á Don Anselmo, ha cerrado las puertas con llave, y dice aparte:)

Quería rogar, suplicar; pero esto será mas seguro y mas corto. (Tira las llaves por la claraboya.)

ANSELMO. (Viendo á Rita.)

Me estabas oyendo... Ah! si conservases tu entendimiento, comprenderias cuánto va á ser mi poder. A nadie tendré que temer en lo sucesivo, pues voy á quedarme sin cómplices... (Un golpe sordo conmueve la casa.) Ya empiezan... Huyamos... Ven.

RITA. (Aparte.)

Señor, vos, que veis mi sacrificio, protegéd á mis hijos!

ANSELMO. (Que ha examinado la puerta de la izquierda.)

Quién ha cerrado esta puerta? (Se dirige á la derecha.)

RITA.

La otra lo está tambien.

ANSELMO.

Y las llaves?

RITA.

En el rio.

ANSELMO.

Maldicion!... La muerte nos espera aquí!

RITA.

Lo sé.

ANSELMO.

Su locura va á serme fatal!... Corro á prevenir á esa gente!... (Hace vanos esfuerzos para levantar la trampa.) Imposible!... (Corriendo á Rita.) Me has engañado... tienes la llaves... no es verdad?... Dámelas... Dámelas, ó te mato!... (Escuchando.) Ah! las piedras caen... (Suplicando.) Vamos, Rita... sé que estás loca, y...

RITA.

Tengo toda mi razon. Mírame, Anselmo.

ANSELMO. (Retrocediendo espantado.)

Cómo!...

RITA.

Vé en mis ojos el reflejo de la luz, que ha renacido en mi alma!

ANSELMO.

Estoy perdido!

RITA.

Hijo del infierno, insultabas al cielo hace poco y desafiabas su cólera!... Pues bien: la cólera divina es la que me ha sacado de la tumba!... Dios me coloca fatal y terrible entre tu venganza y tú!... el cielo, á quien insultabas; va á desplomarse sobre tu cabeza!

ANSELMO. (Golpeando con los pies en la trampa.)

No lograré que me oigan!. (Meneando los hierros de la claraboya.) Estos hierros!... (Corriendo á las puertas y procurando forzarlas.) No, no cederán

las cerraduras ! soy yo quien las ha hecho!... (A Rita.) Pero tambien tú vas á morir!

RITA.

Qué me importa, si salvo á los que has jurado perder?

(Se oye erugir la casa.)

ANSELMO. (Sacando el recibo.)

Este documento, este escrito vengador, que debia hacerme nadar en riquezas, darme la impunidad... ya me es inútil, puesto que no ha de librarme de la muerte!... Que perezca conmigo ! (Le hace pedazos.)

RITA.

Bendito seais, Dios mio !

ANSELMO.

Pero no quiero morir !... (Se acerca á una de las puertas y se esfuerza en derribarla.) No quiero acabar de este modo!...

(Don Anselmo se ase á los hierros de la claraboya y procura arrancarlos. En este momento una parte de la casa se hunde, y los escombros de la pared del fondo le sepultan. Por encima de estos escombros se extiende la vista á lo lejos por el rio, cuyas aguas suben poco á poco y cubren en parte las ruinas. Por los restos aun en pie de la casa, como por las construcciones laterales, salen y se lanzan: primero Malpele, y despues los dos hermanos, el Conde y Rivera. La luz arrebolada de la aurora alumbra este cuadro.)

## ESCENA VI.

RITA.—MALPELO.—LUIS.—EL CONDE.—RIVERA.

RICARDO y LUIS. (En el fondo, sobre los escombros.)

Madre mia !

CONDE. (Dejándose ver en la izquierda con Rivera.)

Cuanto poseo á quien la salve !

MALPELO. (Llegando hasta Rita, que está ilesa.)

Salvada está !

TODOS.

Salvada !

MALPELO.

Y aplastado don Futraque !

(Luis y Ricardo consiguen llegar hasta su madre, y la sostienen.)

RITA.

Hijos míos, recemos por los que han muerto, y perdonemos!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 25 de Setiembre de 1860.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

DE

# MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

**RAMÓN CABALLER**

CON UN PRÓLOGO

DE

**DON EDUARDO BENOT**

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

---

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

---

Cuaderno **39**—Precio: **2** reales  
(Contiene los pliegos 115 á 117)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número] 23

FLORÍN, S. BAJO

1900

10

